

ATENEUM DE
BIBLIOTECA
MADRID

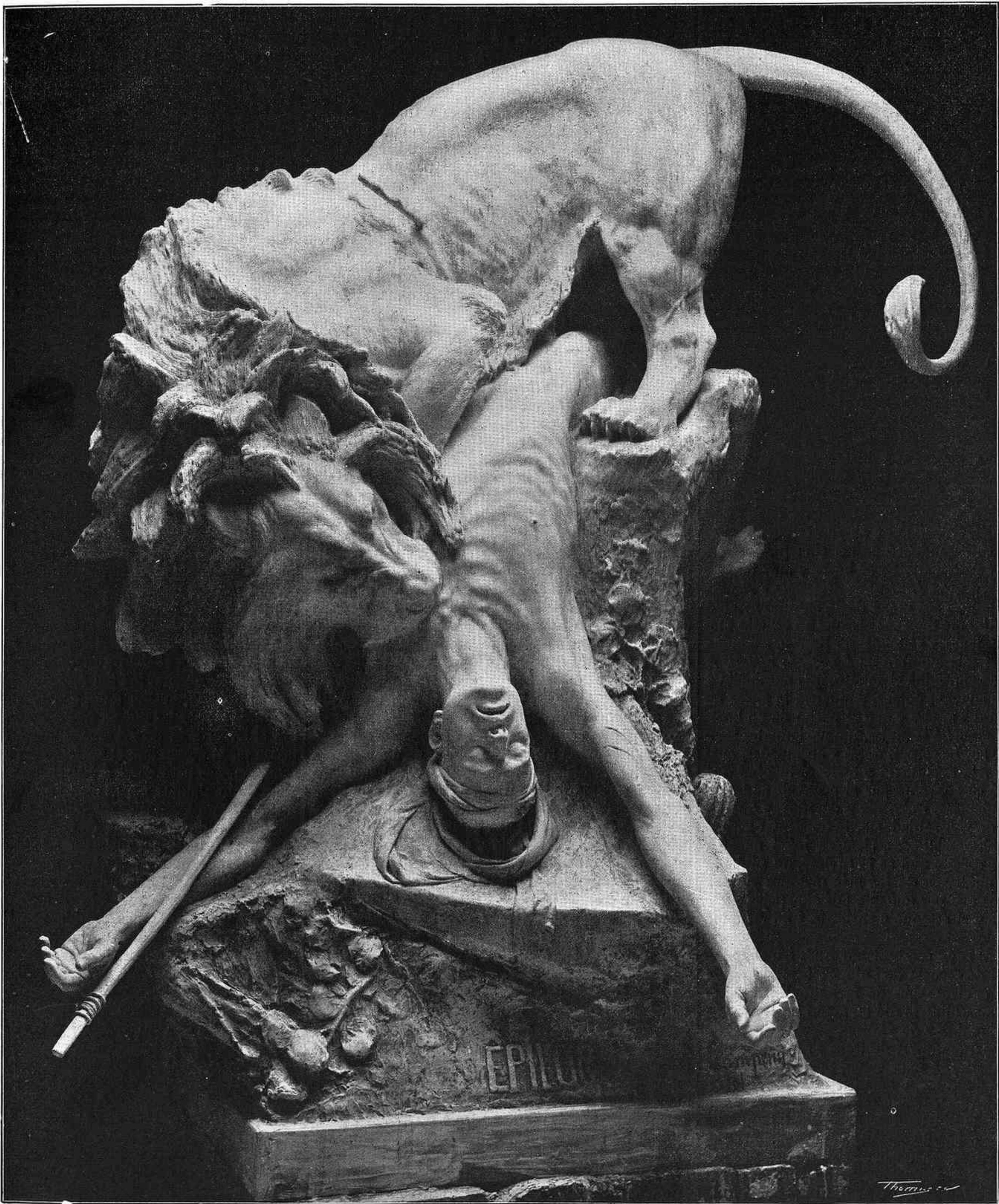
La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 8 DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.019

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EPÍLOGO, escultura de José Campeny

(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Sobre ascuas*, por Emilia Pardo Bazán. — *El azahar de la novia*, por Rafael Ruiz López. — *El conde León Tolstói*, por R. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901*, por X. — *Cabeza de estudio*, por Dionisio Pérez. — *Nuestros grabados. — Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Norberto Dys*, novela de Matilde Alánic, con ilustraciones de Marchetti. — *La musicoterapia aplicada a la anestesia provocada*, por G. — *La fosforescencia invisible y su transformación en fosforescencia visible*, por P. — Libros recibidos.

Grabados. — *Epílogo*, escultura de José Campeny. — *El azahar de la novia*, cuadro de Felipe Abarzuza. — *El conde León Tolstói a la edad de 23 años. — Un retrato reciente de León Tolstói.* — *El conde León Tolstói arando sus campos.* — *El conde León Tolstói*, cuadro de Repine. — *En el Guadalquivir*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — *El invierno en Munich*, cuadro de Enrique Martínez Ruiz. — *¿Que viene el guarda?*, cuadro de Eduardo Sánchez Solá. — *La familia*, cuadro de Joaquín Sorolla. — *Los presos*, cuadro de José López Mezquita. — *En plena borrasca*, cuadro de Lionel Walden. — *Carta interesante*, dibujo de Seymour Lucas. — *Retrato del conde de Cabarrús*, pintado por Goya. — *La musicoterapia*. Aparato empleado por M. Drossner para anestesiar a un individuo. — Figs. 1 y 2. *La fosforescencia invisible.* — *La siesta*, cuadro de Enrique W. B. Dawis. — *Marina*, cuadro de José M.^a Marqués.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOBRE ASCUAS

¡Cuánto siento que sea tan escabrosa la inaudita novela que estos días se ha divulgado en la prensa y que tiene por escenario de sus más sorprendentes capítulos mi pueblo natal! Si no mediase la dificultad que crea la índole del asunto — dificultad casi insuperable cuando se escribe para una publicación que ha de penetrar en las familias, aunque también penetran los periódicos diarios y a fe que no se andan con melindres ni se muerden la lengua, — pocos relatos serían más interesantes que el relato circunstanciado de este caso peregrino, ¿qué digo peregrino?, nunca visto ni oído, que yo sepa, pues no recuerdo nada parecido en los anales de la historia.

Sólo un episodio de la vida de Domicio Enoardo Nerón, en el paroxismo de su época delirante, puede asimilarse al suceso de la Coruña. Ni me atrevo a recordar este episodio, ni a establecer las comparaciones que se atropellan bajo la pluma. Hay, sin embargo, en el caso especialísimo a que aludo tantos aspectos diferentes, que por alguno de ellos se le puede considerar sin faltar a ningún respeto, sin temor de que se escandalice nadie. Una publicación también muy acreditada en el hogar y muy mirada en lo que inserta, *La Ilustración Española y Americana*, dió cabida, ó por mejor decir, encargó al sabio escritor D. Antonio Sánchez Moguel un estudio biográfico de la famosa Catalina de Erauso, conocida por el clásico sobrenombre de *La monja alférez*. A la biografía acompañaba el retrato, que representa a la monja armada con coraza, y muestra la forma de su cuerpo, raso y ancho como el pecho de un hombre. La fisonomía de la mujer, aunque imberbe, también es viril; sus facciones, duras y acentuadas, cual corresponde a la aventurera y belicosa hembra que se escapó de su convento por el gusto de andar en batallas, pendencias, quimeras y desafíos, y que en tantos años de vida soldadesca, de frecuentar garitos y dar y recibir cuchilladas, siempre logró engañar acerca de su sexo, y que se la tuviese, no sólo por varón, sino por varón de los más matones y desalmados, de los que por quitarme allá esas pajas esgrimían la daga y el estoque y enviaban a un cristiano al otro mundo.

Ahora bien: la ya semi-célebre Elisa Sánchez Loriga, maestra de escuela de Calo, es, como la *monja alférez*, una equivocación de la naturaleza, que al darle figura masculina le dió en grado igual el ansia de parecer hombre y de realizar, para conseguirlo, los mayores extremos. La destreza y resolución con que urdió la maraña para soltar, por decirlo así, la personalidad femenina, y adquirir *legalmente* la condición varonil, revelan inteligencia nada común y son materia de asombro para el novelista, que apenas acertaría a idear enredo semejante. Nadie ignora que las trabas legales nos sujetan y envuelven en su tupida red al individuo, ahogándole. Para el acto más insignificante é inocente que se pretenda llevar a cabo, para cualquier relación civil ó familiar, para cobrar la pensión modesta de un retiro, para vender, enajenar, comprar, para recoger un certificado del correo, hace falta llenar requisitos que embarazan la acción y obligan a ir, como suele decirse, de Herodes para Pilatos, zarandeando documentos y exhibiendo

comprobantes. Max Nordau consagra largas páginas, en sus *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, a explicar y deplorar el trabajo que le cuesta a un individuo en la sociedad moderna probar una cosa evidente: que ha nacido. — Esto de «sacar los papeles» no lo consigue a dos por tres aun el que los tiene claros como el agua y no se propone ser más de lo que es, ni aspira a cambiar de estado civil y convertirse en otro. ¿Qué maña, qué arte no habrá tenido que poner en juego Elisa, decidida a dejar de ser tal Elisa, é inventar, dentro de la ley y con todas las circunstancias exigidas, un personaje imaginario, un Mario Sánchez Loriga, que contrae matrimonio canónica, civil y jurídicamente?

A fin de lograr sus propósitos, Elisa representó a la perfección, según se desprende de las noticias de la prensa, el papel de neófito, cristiano y católico, de súbdito inglés que no ha sido bautizado. Con el bautizo obtuvo la partida de bautismo; con la partida de bautismo, el certificado de soltería; por la nacionalidad inglesa, resultó libre de quintas; ya tenemos la base de la unión conyugal. Y contraído el matrimonio, ante el párroco y el juez; corridas las amonestaciones a su tiempo; hecho todo como lo pide la ley, sin faltar una tilde, ¡cualquiera duda de que ese muchacho alto, esbelto, huesudo, que fuma, que escupe por el colmillo, que anda con desembarazo, no es un varón indiscutible, probado, auténtico, investido de todos los derechos políticos y civiles de que disfruta el varón dentro de nuestra organización social!

Declaro que, para conseguir esta transmigración de hembra a hombre — lo único, según fama, que no cabe en las atribuciones del Parlamento inglés, — se necesita una habilidad extraordinaria, y que quien la ha realizado, cualesquiera que sean sus fines, no es un ser vulgar.

Muchas fueron, y respetables y expertas y constituidas en autoridades diferentes, las personas a quienes engañó diestramente esta notable mujer, capaz de competir, si hubiese nacido en otro siglo, con el famoso caballero ó *caballera* de Eon, que apenas ha cesado de ser un enigma histórico. Este personaje hizo lo contrario que Elisa Sánchez Loriga: siendo hombre, se envolvió en la piel de una mujer, y pasó por mujer siempre que convino a sus negociaciones políticas y diplomáticas. Era capitán de dragones, que parece lo más opuesto a llevar faldas; pero necesitó entrar en la corte de Rusia, aproximarse a la zarina Isabel, para apoyar las pretensiones del príncipe de Conti a la corona de Polonia, y cátese a mi caballero Carlos de Eon de Beaumont disfrazado de mujer y convertido en lectora de la emperatriz. Poco después recobró su sexo, figuró como *hermano de sí mismo* (otro tanto hizo Elisa Sánchez Loriga) y fué secretario de la Embajada, para perder a Bestucheff y servir diplomáticamente a Francia, aprovechando las ventajas del tratado de Versalles. Después de esta etapa, el caballero de Eon se batió firme y duro en Ostervich, en Utrecht, en varios lances y empeños donde probó su corazón animoso. Cuando dejó la espada fué para volver a la diplomacia, en la cual pocos han mostrado tan maravillosas aptitudes: representó a Francia en Londres, y de puro leal y útil que se hacía al rey, empeñáronse los cortesanos en derrocarlo, y lo consiguieron. El arma que con más fortuna y empeño manejaron contra él, era un arma singular: sostenían, a puño cerrado, que el caballero de Eon, cuando fué en Rusia *lectora* de la emperatriz, no estaba disfrazado; que aquel era su verdadero sexo; que era mujer, en una palabra.

Y este punto se discutió y se ventiló con interés tal, se debatió con tanto calor, que en Londres, tierra prometida de las apuestas, se apostaron fuertes sumas; se crearon (¡increíble parece!) compañías que emitieron acciones en pro y en contra, y varias veces fué objeto el caballero de tentativas de raptó, de las cuales hubiese sido víctima, a no valerle sus puños y su espada de militar aguerrido. La consecuencia de estos sucesos, extraordinaria, rarísima, es uno de esos hechos históricos que tienen difícil explicación. Muerto Luis XV, protector decidido del caballero, y habiendo éste pasado a Francia para arreglar asuntos propios, como se presentase en Versalles con su uniforme de capitán de dragones, la reina María Antonieta ordenó que se retirase a su casa y no volviese a ponerse delante sino con traje de mujer. Podría esto ser un capricho, una genialidad de la entonces joven y alegre reina, que en todo buscaba distracciones; pero cabe dudarlo, cabe pensar en alguna otra razón, al ver que el gobierno, al mismo tiempo, ordenó al caballero de Eon que usase siempre las vestiduras femeniles. Esta orden era cosa resuelta y decidida de antemano; ya varias veces el caballero había desistido de volver a Francia, sabedor de que, al llegar allí, le esperaba el castigo de vestir de mujer constantemente. Por cierto que considero uno de los

muchos abusos del poder del Estado la prescripción del traje. En no ofendiendo al pudor, ¿por qué no se ha de vestir cada cual como mejor le plazca?

Y el caballero de Eon — que tenía cincuenta años y debía de ser un filósofo a su manera, de seguro un sujeto de inteligencia vivísima — se avino, de repente, al capricho de la suerte que se obstinaba en hacerle pasar por mujer, se calzó los chapines, adoptó los *paniers* rameados, los altos peinados y las graciosas cofias de la moda María Antonieta, dejó colgar los tirabuzones hasta el *fichú*, y firmó siempre, con humorístico orgullo, «La caballera de Eon de Beaumont.» Mujer me quieren — debió decirse — pues mujer me soy. Los acontecimientos le vengaron de la afrenta, si afrenta existía; la Revolución sobrevino; la cabeza de la austriaca, la altiva cabeza, rodó al cesto del verdugo; y el antiguo capitán de dragones, seguro en la emigración bajo sus atavíos femeniles, sólo introdujo una modificación: en vez de «la caballera» se llamó «la ciudadana.»

Hubo, sin embargo, momentos en que los hábitos del otro sexo se le hicieron pesados de llevar, y hay que decirlo en honra del caballero de Eon: fué cuando Francia tuvo que combatir al extranjero. Alegando sus proezas, sus heridas, su limpia historia militar, pidió volver al ejército al estallar la guerra entre Inglaterra y Francia. La contestación fué encerrarle en un castillo. Aunque menos severamente, con igual desdén le trataron la Convención y el primer cónsul, ante quienes renovó quince ó veinte años después la misma demanda. Resignado, se conformó a vivir obscuramente en Londres, y el que todos se empeñaban en recluir en la más estrecha y dura prisión, que es la prisión de unas faldas, se ganó la vida con el viril oficio de dar lecciones de esgrima, porque el caballero era un espadachín consumado.

Pues bien, insisto en ello: ni el caballero de Eon, ni aquella doña Feliciano Enríquez de Guzmán, que se disfrazó de hombre para seguir al campamento al galán de quien estaba enamorada, le ponen la ceniza en la frente a la maestra de escuela de Calo, con su *completo* de paño oscuro, su corbata torera, su sombrero flexible y su tipo de muchacho. Y es cuanto puedo decir sobre esta novela digna del folletín, sobre este suceso digno de la atención de Lombroso, Garofalo y Tardieu, de los juristas, de los psicópatas, de los que estudian y ahondan, con la severidad y dignidad propias de la ciencia, los misterios del corazón humano, selva oscura, que dijo la Sabiduría.

En toda la península se corea el Rosario de la Aurora: las procesiones acaban a farolazos, ó a garrotazos, para hablar con exactitud. Pensar que cuando tanto nos convenía ocuparnos de instrucción pública, de hidráulica, de administración, de sociología, de las doscientas cosas que andan aquí raso por corriente, porque no existen, nos entregamos exclusivamente a discutir con la acción lo que no es discutible, porque es del fuero de la conciencia y cada cual lo resuelve sin coacción posible; pensar que andamos todavía como en el siglo XVII, enzarzados en esa lucha religiosa que nos fué tan funesta; pensar que esto ya casi no sucede sino aquí, que tenemos el triste privilegio de ser los únicos en Europa que representan el tercer acto de *Hugonotes* y se preparan a representar el cuarto con el aparato que su argumento requiere..., es para darse a Barrabás..., lo cual también, dirán algunos, es, en cierto modo, tomar partido en esta antipatriótica querrela.

A golpes de enseñanza, de universidades, de cultura, me gustaría que luchasen aquí los procleri y anti-cleri que andan a trastazo limpio. Pero, como decía el gitano del cuento, ¡ya verá usted cómo no viene! Y puede que venga lo de antes, lo de siempre, las tan acreditadas partiditas... Desangrado y desmedrado cuerpo de España, ¡cuándo dejarás de servir de mesa de anfiteatro y redondel de toros!

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL AZAHAR DE LA NOVIA

Contemplaba la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, admirando lo poco bueno que nuestros artistas llevaron a ella, cuando tropearon mis ojos con *El azahar de la novia*, de Felipe Abarzuza. Me impresionó aquel cuadro causándome magnífico efecto: es una alegre nota de color, llena de dulzura y de naturalidad; pero lo que más me agradó fué, indudablemente, lo que pudiera llamarse «momento de vida», y no extrañé que la obra de Abarzuza estuviese premiada con tercera medalla, premio que me parece justo.

El haber presentado el artista a la novia en el instante en que, celebrados los esponsales y en pleno campo, reparte a las demás muchachas las flores del



EL AZAHAR DE LA NOVIA, cuadro de Felipe Abarzuza, premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

inevitable ramo de azahar, florecillas que les harán encontrar novio bueno y con ganas de casarse - según la preocupación popular, - trajo á mi imaginación una vieja historia, que os voy á contar en lugar de daros un estudio crítico de poco mérito.

¡Qué hermosa, qué divina, qué angelical era! Tenía los cabellos castaños y crespos, cayendo en deliciosos y alegres rizos sobre su pura frente; los ojos de color indefinible, pardos con irisaciones verdes, ojos de dulce mirar que encerraban en sí más bien rayos de luz que puntos de color. La actitud natural de niña inocente, la deliciosa suavidad de su voz, la esbeltez cimbreante de su cuerpo, en el que caían los vestidos más sencillos con maravillosa elegancia, hacían de Rosario una mujer encantadora.

Joselillo, un buenazo en toda la extensión de la palabra, quedó enredado en aquellas pestañas, en aquellos ojos brillantes y curiosos que con su dulce mirar parecían querer meterse en las más oscuras profundidades de su pecho.

Si le hubieseis preguntado á Joselillo el porqué de aquel cariño inmenso, de seguro que os hubiera contestado que porque ¡había que verla!, porque sin más ni más, y sin haberlo él querido, tenía que beber los vientos por Rosario, y desvivirse por una de sus miradas, y quedarse extático y mudo al verla pasar luciendo su garboso y delicado cuerpo, y... porque sí; porque se le había metido dentro del pecho y no podría arrancarla de allí «en jamás de los jamás», aunque le matasen «á puñalá limpia.»

Pero esto no se lo decía Joselillo á nadie; muy reservadote y muy callado, contadísimos eran los que habían vislumbrado aquel amor inmenso, aquella adoración ardiente, contemplativa, religiosa. El, que habría besado con recogimiento y emoción de creyente la tierra que la niña pisaba, no tuvo nunca valor para decirle una palabra, porque al fin y al cabo, ¡qué caramba!, Rosario era demasiada cosa para él, según él mismo creía. A más, otra maldita circunstancia trababa la lengua de Joselillo: Rosario «estaba novia,» quería con toda su alma á Pedro, mozarrón gallardo y fornido, honrado, trabajador y bondadoso.

Joselillo, que miraba á la joven como cosa suya, como se mira al ideal que acariciamos en sueños, no

veía aquellos amores con buenos ojos, y sentía envidia y celos horribles que le destrozaban el alma al considerar lo dichoso que debía de ser Perico recibiendo cara á cara los rayos de luz de los ojos de Rosario, que codiciaba él tan ansiosamente.

Y vino una buena cosecha de aceituna y Perico decidió casarse cuanto antes, para la primavera, con gran contento de la novia, que tenía por lo menos tantas ganas como él.

Joselillo supo la noticia, que le llenó de desesperación y le robó el sueño durante muchas noches.

No, no..., él no podía con tanto; se iba á volver loco; estaba á punto de hacer una barbaridad muy gorda. ¡Vaya si la haría! Ver á Rosario en los brazos de Pedro era cosa superior á sus fuerzas...

Todas las noches las pasaba revolcándose en la cama, como si le acosasen terribles dolores. A ratos lloraba con desconsoladora amargura y caía al fin rendido en sopor doloroso.

Mientras el pobre mozo se desesperaba, llegó el día señalado para la boda. Joselillo fué invitado por ella y por él.

Había que divertirse; querían divertirse ellos, que todos los amigos se divirtieran. Tirarían la casa por la ventana, no escatimarían una peseta. «¡Qué demonio!, había dicho Perico. Eso de casarse no se hace más que una vez en la vida, y una boda es una boda, en la que se debe reír alegremente y gozar por los que no gozaron al lado de las personas queridas.»

Joselillo sobre todo no debía faltar; se lo recomendó mucho Rosario; él era insustituible en reuniones como aquella, porque cantaba y tocaba la guitarra á maravilla.

El pobre muchacho escuchó con la boca abierta, alelado, sin atreverse á hablar, lo que la feliz novia le decía. Y recibió la acariciadora mirada de Rosario, sintiendo estremecimientos como si cayese sobre su pecho una lluvia de fuego. Pero lo que más le emocionó fué recibir el apretón de manos efusivo y cariñoso, apretón de hombre feliz que quiere comunicar su dicha á los demás, que le dió Perico recomendándole puntualidad.

Loco salió de aquella casa, donde entrara empujado por la fuerza de atracción irresistible y sugestiva de aquellos ojos grandes y bondadosos, pardos, con

irisaciones verdes. Nadie ni nada del mundo le hubiese hecho entrar en razón.

Y el pobre muchacho, que tenía un corazón excesivamente bondadoso, se quiso engañar á sí mismo creyendo que odiaba de muerte á aquel mozarrón que iba á ser dueño de la muy amada...

Después de pasar la noche en vela, tomó una resolución: él no podía ver aquello y no lo vería... Era capaz de todo y... ¡no había remedio mejor! Perico caería cosido á puñaladas el mismo día de la boda.

No quiso asistir á la ceremonia; iría después á encontrarles á la venta del tío Alegre, donde novios y convidados debían pasar el día y comer.

Llegó armado de un puñal, resuelto á hacer una gansada, á convertir en duelo la alegría, la risa en lágrimas, la dichosa tranquilidad en pánico. El espectáculo que se presentó á su vista era deslumbrante: Rosario, rodeada de muchachas que gritaban y tendían los brazos, distribuía alegre las florecillas del ramo de azahar que llevaba prendido al pecho. Al ver á Joselillo, á quien ya había echado de menos en la iglesia, le miró cariñosamente, con aquella mirada dulce que tanto le turbaba; y él, bajando los ojos y pálido como un muerto, caminó hasta colocarse bajo el emparrado, dejándose caer con abandono en un banco. En aquel momento el muchacho inspiraba lástima, y acercándome á él le pregunté:

- ¿Qué te pasa, Joselillo?

- ¿Qué quieres que me pase? Ya lo sabes tú. Yo la quería con toda mi alma, la quiero y... estaba decidido á matarle á él hoy mismo.

- ¡Joselillo!

- Como lo oyes; aquí tengo el puñal... Pero no tengas miedo; al verla tan feliz he pensado en lo mucho que le quiere y en lo que le lloraría, y me he arrepentido... Pero guardaré el puñal, te juro que lo guardaré, porque si algún día la hace llorar Perico, si la maltrata, entonces..., entonces sí que le mato.

Templó la guitarra, y mientras llegaba la hora de la comida tocó y cantó, cantó coplas apasionadas y ardientes, cuya honda amargura se perdía en el aire, sin ser adivinada más que por mí.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

EL CONDE LEÓN TOLSTOI

Si todo cuanto se refiere el eminente escritor ruso ha revestido siempre gran interés, mayor es si cabe el que hoy inspira esa noble figura por la persecución de que actualmente le hacen objeto el fanatismo religioso por un lado y por otro el despotismo político. Sus novelas han sido prohibidas en Rusia; el Santo Sínodo lo ha excomulgado; el gobierno ha mandado retirar de los sitios públicos su retrato pintado por Repine; los estudiantes se amotinaron protestando contra tamañas violencias y la policía los prende a centenares; un fanático dispara su revólver contra M. Pobedonostzof, gran procurador del tribunal religioso, y M. Bagolepof es asesinado por un estudiante.



El conde LEÓN TOLSTOI á la edad de 23 años

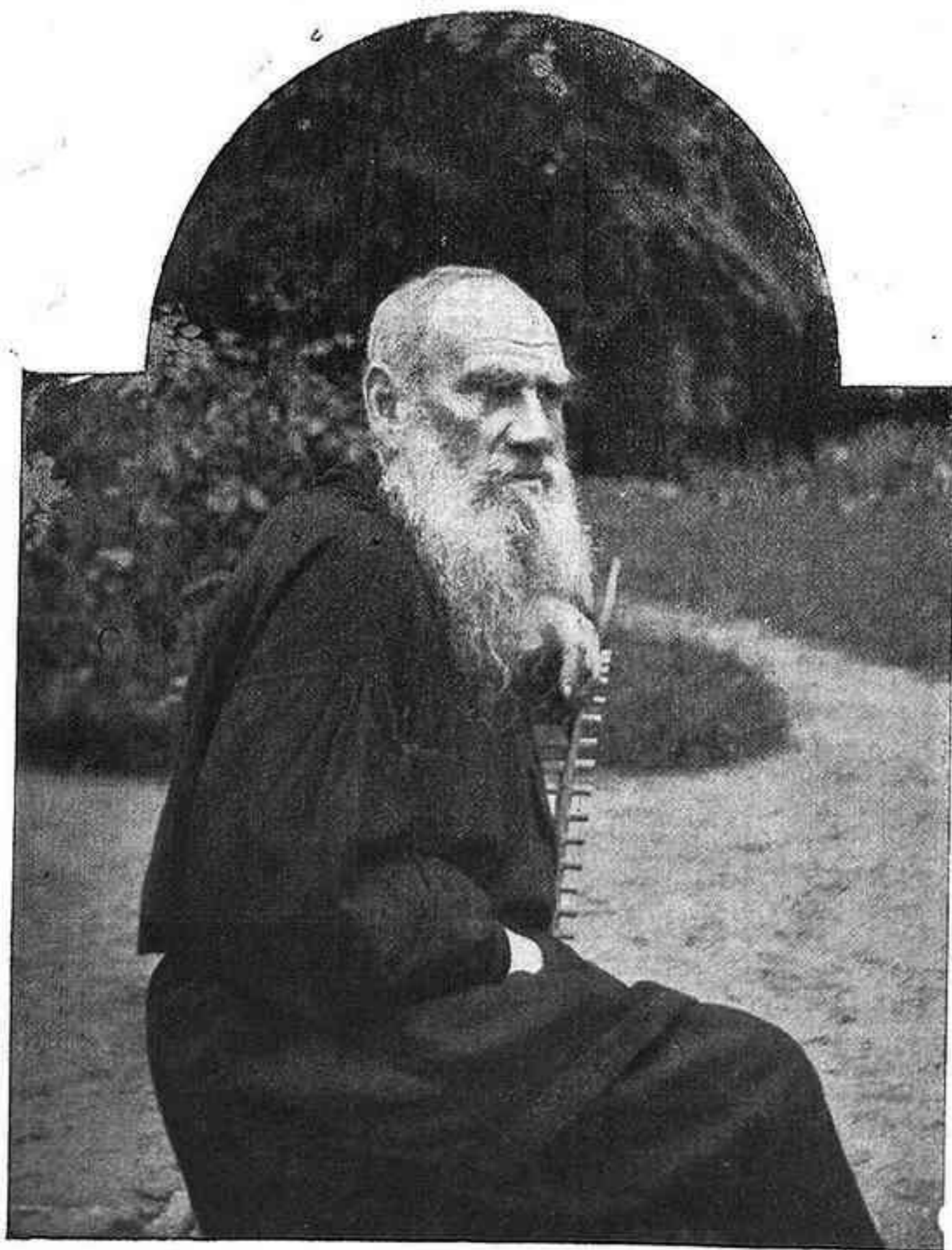
Por esto creemos que han de leerse con gusto algunas noticias sobre la vida íntima del conde León Tolstói, que tomamos de un estudio hace poco publicado en una importante revista francesa y escrito por E. Halperine Kaminsky, como resultado de una visita hecha recientemente al venerable anciano en su residencia de Yasnaia Poliana.

Yasnaia Poliana hállase situada cerca de la estación de Yassenki, en el ferrocarril de Moscou á Kursk, entre verdes prados, campos de trigo y frondosos bosques: allí nació Tolstói en 1828; allí pasó los primeros años de su vida, de los cuales con tanto calor habla en la obra *Infancia*, que á la edad de 24 años le colocó de repente entre los principales escritores rusos; allí se casó y ha visto nacer á sus hijos; allí ha escrito los libros que tanta celebridad le han dado; allí ha creado, sobre nuevas bases, su famosa escuela popular y se ha dedicado al estudio de la naturaleza y al cultivo de la tierra, y allí venció la dolorosa y terrible crisis moral que estuvo á punto de impulsarle al suicidio y acabó por hacer de él un misionero convencido de la bondad y de la verdad cristianas. En una palabra, salvo el tiempo consagrado á sus primeros estudios en Moscou y en Kazán, y el servicio militar que prestó en el Cáucaso, en el Danubio y en Sebastopol y un corto viaje que hizo al extranjero, el resto de su existencia, tan activa y tan gloriosa, lo ha pasado en aquella mansión señorial, abierta á todo el mundo, siempre preparada para conceder hospitalidad al primero que se presente á demandarla.

León Tolstói en la actualidad apenas se dedica á las labores agrícolas, y todo su ejercicio físico se reduce al paseo, á la equitación, al baño y al juego del *lawn-tennis*; en cambio escribe más que nunca y se pasa desde las ocho de la mañana hasta las dos ó las tres de la tarde en su despacho.

En una de las habitaciones de aquella casa vense colgados de las paredes algunos retratos de familia y de varios escritores rusos y extranjeros: Turgenef, Fet, Schopenhauer, Dickens, Grigorovitch, Nekrasof, y en el centro el busto del hermano del conde, Nicolás, cuya imagen aparece con tanto cariño evocada en *Infancia*, *Mis memorias* y últimamente en *Resurrección*.

La biblioteca se compone de libros escritos en diversos idiomas, la mayoría con expresivas dedicatorias, de las obras de los émulos y maestros, por decirlo así, de Tolstói, como Rousseau, Moliere, Pascal, Goethe, Shakespeare, Víctor Hugo, Sócrates, Epicteto, Voltaire, Diderot, Saint-Simón, Benjamín Constant, Spinoza, Schlegel, Enrique George, Matthew Arnold, Spencer, Griesbach, Reiss, W. L. Harrison, Adin Ballou, San Juan Crisóstomo y otros filósofos antiguos y modernos. Vense también en ella multitud de obras de historiadores franceses y rusos, especialmente de los que se han ocupado del período del Primer Imperio y de la guerra de 1812, compulsados por Tolstói cuando escribió *Guerra y Paz*, el Antiguo y el Nuevo Testamento en hebreo y en grie-



Un retrato reciente de TOLSTOI

go, la Vida de los Santos y los comentarios franceses, ingleses y alemanes del Evangelio, del Talmud, del Alcorán, de la doctrina de Sakia-Muni y otra porción de libros por el conde citados en sus escritos sobre la moral cristiana. Recordando el número prodigioso de obras filosóficas y literarias analizadas en su reciente libro *¿Qué es el Arte?*; sabiendo que ha traducido y comentado los cuatro Evangelios y refutado las doctrinas de muchos escritores religiosos, y que para su obra inédita *La crítica de la Teología dogmática* ha tenido que leer casi todo cuanto han escrito los Padres de la Iglesia y los comentarios de éstos, habiendo aprendido expresamente para ello el antiguo eslavo, el griego y el hebreo, parece imposible que un solo hombre haya podido realizar una labor tan asombrosa.

La habitación en donde trabaja Tolstói es una pieza de paredes lisas y abovedada que antes servía de despensa: en ella hay una sierra, una hoz, un azadón, una caja con utensilios de zapatero y otros instrumentos análogos. Allí, sobre una modesta mesita, escribe el conde sus admirables obras lejos de todo ruido y aislado por completo del mundo exterior.

En el primer piso se encuentra el comedor que hace también las veces de salón, sencillamente amueblado, adornadas sus paredes con retratos de los an-



El conde LEÓN TOLSTOI arando sus campos, copia de un cuadro de Repine

tepasados de Tolstói, algunos de los cuales han representado importante papel en la historia de Rusia. Al lado del comedor está el salón de la condesa, que lleva impreso el sello del buen gusto y de la elegancia de esta dama ilustre. Completan aquel piso las habitaciones particulares de la familia del conde.

El jardín, grande, frondoso, cubierto de bosquecillos, ha sido plantado en su mayor parte por el mismo conde, en la época en que se dedicó á los trabajos agrícolas con la misma pasión que pone en todas sus cosas.

La condesa tiene todavía el rostro joven y fresco, que no parecería el de una abuela si algunos plateados cabellos no hubieran asomado por entre la abundante y negra cabellera después de la muerte de su hijo Juan.

Con los hijos de Tolstói ocurre un fenómeno singular: los varones siguen las tradiciones de la madre, al paso que las hembras profesan en absoluto las doctrinas de su padre; así, mientras los primeros cuidan de sus respectivos patrimonios procurando mejorarlos todo lo posible, las segundas, especialmente Tatiana y María, las dos mayores, son las mejores auxiliares de Tolstói para aliviar las miserias del pueblo. El conde es vegetariano; la condesa no; y á pesar de estas diferencias en el modo de pensar y aun en el modo de vivir, en Yasnaia Poliana reina la mayor armonía entre todos los miembros de aquella familia.

Cerca de la casa hay un viejo olmo, denominado «el árbol de los pobres,» porque junto á él distribuye Tolstói sus limosnas entre los necesitados que desde los alrededores y desde más lejos nunca acuden en vano en demanda de un socorro. El conde es poco partidario de la filantropía que se manifiesta solamente por el auxilio pecuniario; si da dinero á los pobres, es «por cortesía,» como él dice, porque no puede negarlo como no se niega un vaso de agua al que lo pide. Pero en su concepto, el dinero así entregado sirve muchas veces para lo contrario de lo que el donador se propuso, y en vez de aliviar necesidades no es, en muchos casos, otra cosa que un factor seguro de depravación. En cambio no escatima su trabajo ni su tiempo cuando se trata de redactar una solicitud para un pretendiente iletrado, de procurar medicamentos á un enfermo, de aconsejar los medios de aumentar los productos de las tierras, de autorizar la corta de leñas en sus propiedades, de ayudar á una viuda á labrar sus campos; en una palabra, de cualquier acto ó de cualquier palabra que pueda consolar una desgracia, aliviar una miseria, instruir á un ignorante. Y aparte de los que podemos llamar habituales concurrentes al «árbol de los pobres,» ¡cuántos, desde todos los países, le escriben, le visitan, para confiarle sus penas y sus tribulaciones y pedirle una solución para los más graves problemas de la vida! Si se trata de un verdadero sufrimiento, de una resolución noble, ese escrutador de conciencias lo reconoce en seguida y prodiga el consuelo ó el consejo solicitados.

Las relaciones entre el conde y los mujiks están exentas de toda afectación; los mujiks le tutean y á menudo le llaman familiarmente «abuelo.» Tolstói les habla en su propio dialecto, está al corriente de todas sus necesidades y les predica sus doctrinas.

He aquí los términos en que, en presencia del antes citado autor del trabajo

de donde tomamos estos datos, explicó á uno de ellos la teoría de la nacionalización del suelo de Enrique George, el célebre economista americano.

«La tierra no es la misma en todas partes, decía Tolstoi: en unas es de fácil cultivo, fértil, próxima á los grandes centros de consumo; en otras no reúne estas circunstancias. Cuantas más ventajas ofrezca tantos más aficionados habrá á cultivarla y por tanto aumentará su valor. Pues bien: según el sistema de Enrique George, toda la tierra pasa á ser propiedad del Estado: esto es lo que él denomina la nacionalización del suelo. Una ley establece que á partir de una fecha determinada la tierra deja de pertenecer á tal ó cual propietario para ser de toda la nación. Entonces se procede á la valoración del terreno; el que tiene muchos pretendientes es estimado más caro; el que no tiene tantos, menos, y el que tenga muy pocos ó no tenga ninguno, no se estima en nada. Los que querrán cultivar la tierra pagarán al Estado un canon proporcionado al valor de ésta. Así, por ejemplo, en nuestro país, en el gobierno de Tula, la buena tierra de trigo se valoraría en 5 ó 6 rublos la deciatina (algo más de una hectárea); la huerta situada cerca de los pueblos, á 10 rublos; en las ciudades esta misma medida costaría de 100 á 500 rublos, y en los sitios céntricos de Moscou y de San Petersburgo, 1.000 y hasta 10.000 rublos. El producto de este arrendamiento se emplearía en las necesidades del Estado á fin de reemplazar los demás impuestos, interiores y exteriores. Según este sistema, Sofía Andreievna (la condesa de Tolstoi), por ejemplo, que posee aquí un millar de deciatinas, vendría obligada á pagar al tesoro de 6 á 8.000 rublos anuales, teniendo en cuenta que hay en su propiedad terrenos de varias clases, y como no podría satisfacer tal impuesto, se vería obligada á abandonar la mayor parte de sus tierras. Por el contrario, el campesino de nuestra comarca pagará por deciatina dos rublos menos de lo que hoy paga, y tendrá siempre á su disposición terrenos vacantes que podrá arrendar á razón de cinco ó seis rublos por deciatina. Además, no sólo no habrá de satisfacer ningún impuesto, sino que tendrá también todas las mercancías, lo mismo rusas que extranjeras, más baratas, por lo mismo que no pesarán sobre ellas derechos de aduanas ni impuestos interiores.»

«Esta reforma, añade Tolstoi, por utópica y revolucionaria que parezca á los espíritus limitados y timoratos, es de fácil realización, tan fácil como resulta ahora la manumisión de los siervos hecha en 1861. Bastaría querer llevarla á cabo. ¿Acaso aquella gran reforma no se juzgaba, apenas hace cincuenta años, imposible, muy peligrosa y revolucionaria? Y sin embargo, en la actualidad no podemos concebir cómo una institución tan inhumana ha podido subsistir tanto tiempo. Pues lo mismo sucedería si se realizara la de Enrique George: dentro de otro medio siglo, nuestros descendientes se preguntarían con igual sorpresa por qué los hombres que más trabajaban eran los que ganaban menos, los que sufrían mayor carga de impuestos y los que se afanaban toda la vida en provecho de los que nada hacían. ¡Ah, si el joven tsar quisiera inaugurar su reinado con esta grande obra! Si esto hiciera, conquistaría una gloria no alcanzada por ninguno de sus antepasados, una gloria que ningún príncipe del pasado ni del presente en todo el mundo podría ni siquiera soñar. ¡Cuán insignificante aparecería entonces la liberación de los siervos decretada por su abuelo Alejandro II, ante la realización de esta reforma mil veces más profunda y tan pacífica y racional como aquélla! Tengo ganas de escribir al tsar y exponerle francamente mi pensamiento; este acto de valor no tiene mérito alguno, pues el emperador es hombre y como tal accesible á todos los sentimientos humanos, y en cuanto á mí soy ya demasiado viejo para que me inspiren miedo las desazones.»

A propósito de la influencia que sobre el hombre ejerce el medio en que vive, he aquí la réplica que dió el conde á Halperine Kaminsky: «¡Cómo! ¿Creéis todavía en esto? Admito que piensen así esos liberales ó esos revolucionarios que, echando la culpa de todo al medio, pretenden que es preciso modificar todo lo que les rodea antes de modificar al hombre, y cuyo perezoso espíritu y débil voluntad encuentran cómodo hacer recaer sobre la organización social la

responsabilidad de todos los males, lo cual es harto más fácil que trabajar un día y otro día, hora tras hora y en todos los instantes en su perfeccionamiento individual.»

Tolstoi no contesta nunca á las críticas ó ataques de los periódicos porque

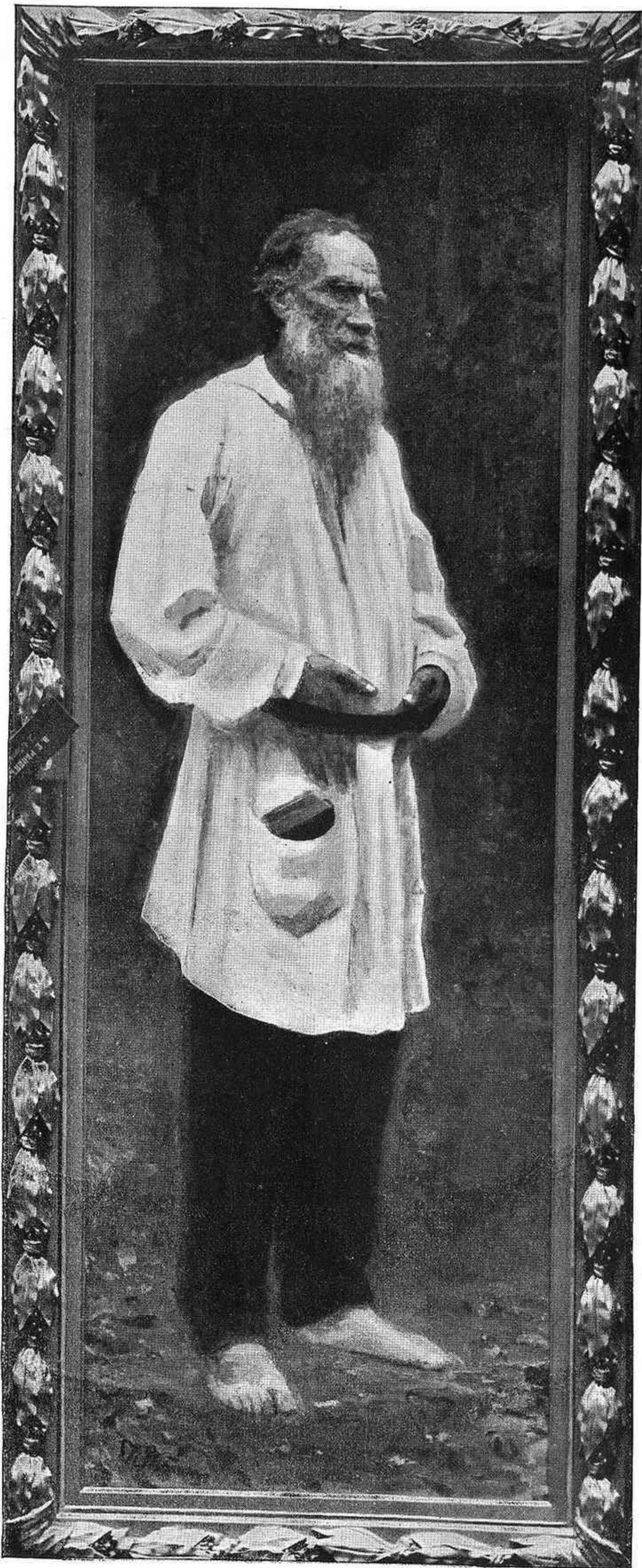
generalmente son superficiales y debidos á escritores presuntuosos, y además porque ¿qué puede encontrarse en los autores de hoy en día, aun en los más reputados, que no haya sido repetido en el pasado durante siglos? Cuando en la antigua literatura encuentra un pensamiento serio, inédito, una reflexión sensata, pueden ambas cosas influir en el curso de sus ideas y modificar sus primeras conclusiones; pero ocuparse de juicios sin consistencia, de alusiones más ridículas que péfidas, conceder atención á todo lo que se escribe acerca de sus libros y de él mismo, es para él perder el tiempo, que á su edad tiene harto medido. Además, toda respuesta da mayor importancia á los ataques, que ante el silencio caen pronto en el olvido. Cierto que, según el proverbio, algo queda siempre de la calumnia; pero precisamente cuanto más interviene el calumniado, tanto más provoca nuevos comentarios y con tanta mayor fuerza se graba el incidente en la memoria.

«¿Sabéis el origen del proverbio sobre la calumnia?, preguntó Tolstoi á Halperine-Kaminsky. Un sujeto encontró cien mil francos y los restituyó á su dueño. En seguida preocupóse la gente del motivo que le había hecho devolver aquella suma, y no se tardó en suponer que había encontrado doscientos mil y se había quedado con la mitad. El desdichado creyóse en el deber de demostrar que había obrado simplemente como hombre honrado, y no consiguió otra cosa que extender más la calumnia; y por último, cuando en días de apuro solicitó un destino al que podía aspirar, el ministro se acordó de una historia de cien mil francos distraídos, á la cual iba unido el nombre del pretendiente, y se negó á concederle el empleo.»

«¿Queréis que os cuente lo que me ocurrió á mí? Cuando Katkof fundó el *Mensajero ruso*, pidió y obtuvo la colaboración de Turgenef y la mía. Poco tiempo después, Nekrassof nos suplicó, lo mismo que á Ostrovsky y á Gregorovitch, que colaboráramos también en su revista, petición á la que accedimos, aun cuando Katkof afirmaba que Turgenef había prometido al *Mensajero ruso* una colaboración exclusiva. Ya conocéis el carácter servicial del autor de *Narraciones de un cazador*, que no supo jamás negar á las revistas nuevas, si no una adhesión efectiva, cuando menos el apoyo de su nombre. Katkof, sin embargo, vió en el acto de Turgenef una «acción innoble», y así lo consignó en su periódico. Indignado por tal conducta, escribí á Katkof recordándole la bondad y la cortesía de mi colega, que le hacen prestar su desinteresado concurso á cuantos se lo piden, añadiéndole que hacía mal en atribuir á su colaborador otro móvil y suplicándole que publicara mi carta-rectificación. Pues bien: Katkof accedió, pero me comunicó los comentarios con que pensaba acompañar mi respuesta, comentarios de tal naturaleza que me apresuré á impedir la publicación de la una para evitar que se insertaran los otros. Ya veis para qué sirve el contestar á ciertos ataques.»

Otra de las razones por las cuales Tolstoi gusta poco de los periódicos es la «obra malsana, á veces nefasta», que realizan. Su éxito se funda principalmente en las desgracias, en las vergüenzas, en las malas pasiones de los hombres: cuanto más horribles ó extendidas las miserias descritas, tanto más se vende el periódico. Estalla una guerra que trae consigo millares de muertes, viudas, huérfanos, ruinas, empobrecimiento de pueblos; todo el mundo sufre, pero para los diarios es la época de los beneficios, el momento deseado. Es más, la prensa diaria es á menudo la que provoca las calamidades, atizando el odio entre naciones, razas, religiones, grupos, individuos; todo es bueno para excitar la funesta curiosidad del vulgo y para vender papel. Existen ciertamente excepciones, pero éstas no bastan para paliar el mal de la generalidad.

León Tolstoi es muy poco aficionado á las *interviews*. «Cuando escribo, dice, repaso y corrijo mi trabajo varias veces; por consiguiente, ¿cómo he de comunicar al público mis pensamientos por medio de un intermediario á quien no conozco y sin tener la seguridad de que han de ser fielmente interpretados?» - R.



El conde LEÓN TOLSTOI, cuadro de REPINE que recientemente ha sido retirado de todos los sitios públicos de Moscou por orden de las autoridades rusas

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1901

Publicamos en este número las reproducciones de las obras que a la última exposición celebrada en Madrid han enviado artistas tan reputados como Cam-

peny, Bilbao, Martínez Ruiz, Sánchez Solá, Sorolla y López Mezquita. *La familia*, de Sorolla, ha merecido la medalla de honor, y no puede decirse que se hayan mostrado parciales ó apasionados los artistas por cuyo voto fué concedida esta distinción única, pues el lienzo es de lo más hermoso que en su género ha producido el arte español contemporáneo. Tanto por su composición cuanto por la naturalidad de cada uno de los retratos, la obra del genial artista valenciano es una verdadera joya: Sorolla ha puesto en ella todo su talento de artista y todo el cariño de esposo y padre amantísimo.

López Mezquita es casi un niño, y sin embargo en *Los presos* se admiran alientos de hombre de genio, rasgos de artista maduro que si por un lado observa profundamente la escena que sorprenden sus ojos, por otro sabe reproducirla sin prejuicios de escuela, dando a cada cosa su valor propio y combinando con habilidad poco común los distintos elementos que integran su concepción. Nuestro colaborador el señor Balsa de la Vega ha dicho en estas mismas páginas que el cuadro que nos ocupa es el más completo que había en aquel certamen y uno de los más completos que conoce; y la vista de la pintura nos convence de que no hay exageración en estos elogios.

El notable artista sevillano Gonzalo Bilbao ha conseguido con su lienzo *En el Guadalquivir* un nuevo triunfo, que justifica la fama de que goza. Las seis obras que tenía en esta exposición demuestran la ductilidad de su talento, que con la misma sinceridad siente y hace sentir los asuntos dramáticos que los picarescos. Su cuadro es de una espontaneidad admirable y está ejecutado magistralmente.

El invierno en Munich, de Martínez Ruiz, es una nota bien observada y al mismo tiempo revela el dominio que de la técnica tiene su joven autor, quien ha sabido sacar un buen efecto del contraste de claroscuro que ofrece el grupo de los caballos destacándose sobre el blanco de la nieve.

El cuadro de Sánchez Solá *¡Que viene el guarda!* hace asomar á nuestros labios una sonrisa regocijada al ver el efecto que en aquella gente menuda y traviesa produce la voz de alarma dada por el compañero; y esta sonrisa es la mejor alabanza de la obra, ya que ella expresa mejor que las palabras la naturalidad con que el artista ha reproducido la cómica escena.

José Campeny pertenece al número de escultores que tienen hace años ganado un puesto eminente en el arte español contemporáneo. Su *Epilogo* es una nueva muestra de lo que vale: hay en la escultura vigor y vida; en ella se ve en toda su terrible realidad el final de una lucha encarnizada; el vencido yace exánime, pero con señales de haber combatido furiosamente; el vencedor sacia sus sangui-narios instintos clavando sus dientes y sus garras en las carnes de su adversario. El hombre y la fiera están modelados con gran valentía y el grupo por ambos formado es notable por la armonía de sus líneas y la belleza de sus proporciones. — X.

CABEZA DE ESTUDIO

Al llegar al lindero del bosque, entramos mi compañero y yo en la caseta del guarda. Anacleto al vernos nos hizo señal de que no hablásemos. Cogió nuestras escopetas y las puso en el sitio de costumbre.

— Hay un enfermo, nos dijo señalando su alcoba cerrada.

— ¿Tu mujer?, le preguntamos.

Poniendo un dedo sobre sus labios, insistió en que no hiciésemos ruido y asiéndonos de la mano nos condujo al corral.

Por encima de las tapias los añosos robles y quejigos del bosque mostraban sus copas verdinegras. A su sombra estaba Mariana, sentada en una piedra, recosiendo una vieja chaquetilla de terciopelo rojo.

Al vernos la pobre mujer, mostró su alegría, poniéndose en pie de un salto y tirando su costura. Las gallinas y los patos corrieron asustados cacareando y graznando y las palomas alzaron ruidosas el vuelo y se internaron en el bosque.

— ¿Han visto ustedes la locura de este hombre?, nos dijo Mariana. Miramos á Anacleto, cuyo rostro ancho y carnoso se contraía en una socarrona mueca.

— ¿Locura?.. Me encontré ayer tirado en un matorral un pobre viejo, herido y hambriento, cargué con él, le traje á casa, le metí en mi cama y... ahí está. ¿No es eso lo que manda Dios?

Mariana estaba furiosa. Bueno era socorrer á los desvalidos, pero no tanto. ¡Meter en su cama, limpia como los chorros del agua, un piojoso cualquiera! Y luego, seguía diciendo Mariana, ¿quién es ese viejo, con las melenas tan largas y el vestido tan extraño, y quién le ha herido y de dónde viene?..

Y oyendo desahogar su ira, comprendimos que más la encendía y atizaba la curiosidad no satisfecha é impaciente, que la buena obra de su marido.

En esto oyóse ruido de pasos. El viejo se acercaba. Mariana, al verlo, lanzó un grito, y sus dos chicuelos, que jugueteaban en la cuadra, corrieron á refugiarse entre sus faldas.

— ¡Alangari!, ¡Alangari!, murmuraba, mirándonos con ojos suplicantes. ¿Son ustedes gente de justicia?

La melena y la barba blancas hacían parecer más morena, atezada y curtida la piel de su rostro. Sus ojos tenían una rara expresión de graciosa y atrayente tunantería, una vivacidad picaresca y libertina.

Mi compañero se acercó á mí y me dijo:

— Yo conozco á este hombre.

— ¿Dónde le has visto?

— En un cuento de Puckine. Es el gitano, el zingaro personificado del novelista ruso.

El viejo, entre tanto, trémulo y acobardado, repetía:

— Por favor, ¿son ustedes gente de justicia?

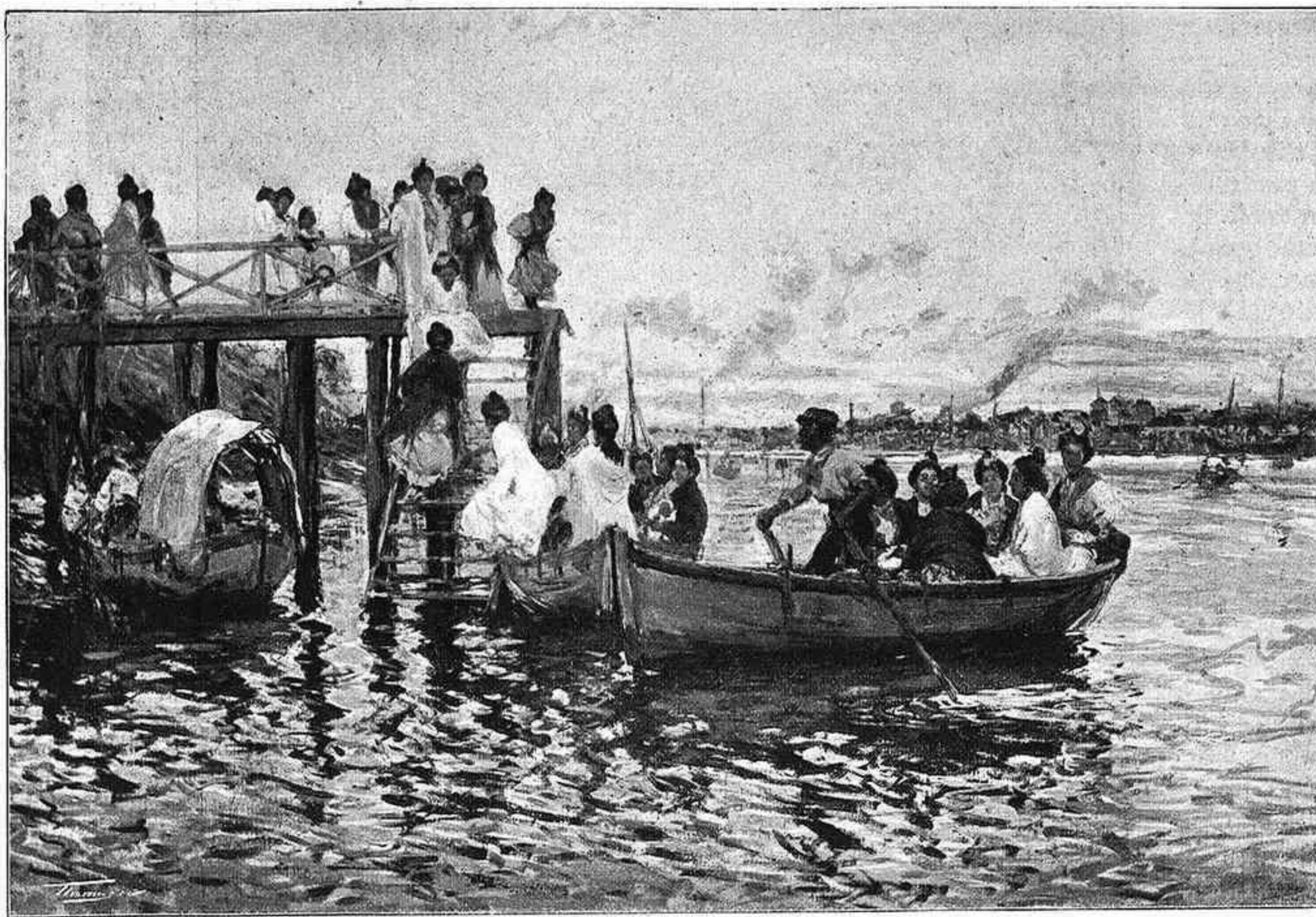
Y en su extraño idioma agregaba:

— Arasnó bi barander...

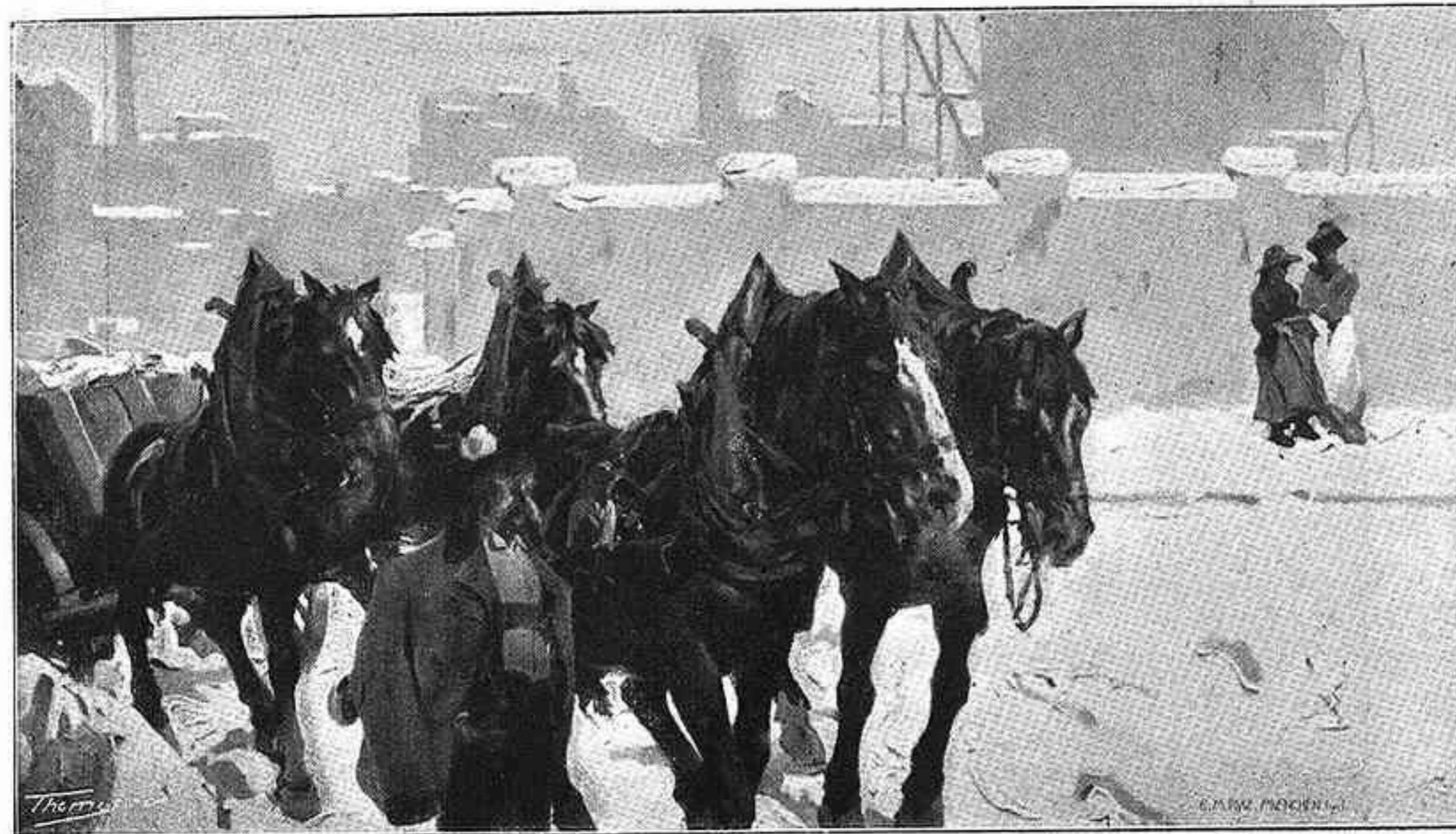
Mariana, repuesta del susto, se acercó á él y le gritó:

— ¡Teméis á la justicia porque sois un asesino!

— ¿Asesino yo?, replicó con indescriptible expresión y ademanes de espanto. Nada tememos; día y noche cruzamos errantes las campiñas y los montes solitarios, pero la vista de sangre humana nos aterra... ¡Qué la san-



EN EL GUADALQUIVIR, cuadro de Gonzalo Bilbao, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



EL INVIERNO EN MUNICH, cuadro de Enrique Martínez Ruiz, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



¡QUE VIENE EL GUARDA!, cuadro de Eduardo Sánchez Solá, premiado con condecoración para su autor. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

gre, digo! Matar nos parece el crimen más abominable. Como no tenemos patria ni hogar, comprendemos bien cuáles serían los tormentos de Caín, perseguido por sus remordimientos. Ninguno de mi raza mató nunca á otro hombre, ni siquiera forzó su voluntad ó su deseo. Todos somos libres y todos llevamos un juez en la conciencia. Nadie puede conocerme y juzgarme. Por eso tengo miedo á las justicias que vosotros tenéis.

Y anonadado por el esfuerzo que había hecho, se dejó caer en tierra.

* *

Mi amigo y yo solíamos pasar algunas semanas en aquella alegre casita, cada primavera y cada otoño. Los primeros días recorríamos el bosque, disparando nuestras escopetas locamente, no sólo á las perdices y conejos que se ponían á tiro, sino á las copas de los árboles y á los matorrales. Malos cazadores, nos divertían más las piezas escapadas que las que caían rodando por el suelo en dolorosas contorsiones. En estas cacerías buscábamos, más que liebres, paisajes, que en los días siguientes había de pintar mi amigo, cuyos pinceles encerraban todas las alegrías de la Naturaleza..., el estremecimiento de las hojas, el murmullo de las aguas, el maravilloso concierto de los colores, el cantar de los pájaros.

Mientras nosotros levantábamos al pobre viejo y le acomodábamos sobre una silla, mi amigo había corrido al interior de la casa, y armado de sus trebejos volvió al corral gritando:

- ¡Todos quietos! ¡Nadie se mueva! ¡El arte lo manda!, mientras armaba el caballete y preparaba su caja de acuarelas.

Costó trabajo convencer al anciano para que se dejase retratar. Mariana, impaciente, dificultaba la tarea, porque á todo trance quería saber quién era el viejo, de dónde venía, quién le había herido y si iba á estar muchos días emporcándole su cama.

- ¡Los señores se burlan!, decía el gitano; ¿para qué quieren mi retrato? ¡Será tan fea mi figura desastrada y sucia!

- No lo crea, amigo, le contestaba el pintor; tiene usted una hermosísima cabeza de estudio, muy difícil de ejecutar, pero llena de expresión y belleza. Si usted quisiera venirse con nosotros, ganaría mucho dinero.

- ¿Dónde?, preguntó asombrado.

- A Madrid.

- ¿Y había de vivir allí siempre?

- Claro es; siempre. Los pintores se lo disputarían para modelo. Ganaría usted tres ó cuatro duros diarios.

- Vivir en la ciudad, entre calles estrechas..., rodeado de gentes que nos tienen por judíos errantes..., ¡oh, no!, no hay dinero con que pagar mi libertad y la de los míos, la vida errabunda á través de los campos y las sierras, respirando mucho aire y contemplando siempre mucho cielo.

- Pero los de usted, ¿quiénes son?, ¿dónde están?, preguntó Mariana.

- ¡Los míos!, ¡los míos! ¡Han huído, se han dispersado!.. Desde este verano un hado adverso parecía guiar nuestra caravana. Atravesábamos una región donde en todo el año no había llovido... La tierra endurecida y sedienta se resquebrajaba, y como si los bordes de sus grietas fuesen de acero, cortaban los débiles tallos del trigo, cuyas espigas no granadas arrastraban por el

suelo las hormigas... Amarilleaban las anchas hojas de la vid y los retorcidos pámpanos, carcomidos por infinito número de parásitos... Los olivos dejaban caer su fruto verde mordido por gusanos... Los ganados, sin pastos, enflaquecían, y la muerte comenzaba á diezmar las manadas de toros y de yeguas... Y en toda la comarca una rabia furiosa y maldiciente anidaba en los espíritus atribulados. Los jóvenes huían á otras regiones, y los viejos que allí quedaban pateaban la tierra llamándola mala loba y alzaban los puños crispados amenazando al cielo, siempre azul, sin una nube, y al sol, que implacable reverberaba, agostando los plantíos.

Nuestros osos y nuestras monas, nuestras mozuelas que encantan con sus bailes lúbricos y desenvueltos, nuestros asnos cargados de chiquillos, pasaban por pueblos y aldeas sin excitar á risa ni mover á curiosidad, tan honda era la tristeza de aquellas gentes que en las primeras ventiscas otoñales creían escuchar los alaridos del hambre que se acercaba.

Y un día, al atravesar la caravana una aldea tan silenciosa como un cementerio, vimos una desgredada y furiosa cabeza de vieja asomarse á un ventanuco y la oímos gritar:

- ¡Perros judíos, judíos errantes, vosotros nos traéis la sequía!

Aquella noche no levantamos el campamento. Durante toda ella caminamos apresuradamente; pero como si el mismísimo Satanás lo llevase en sus alas, corría más velozmente aún, delante de nosotros, el grito de la vieja, y dondequiera que llegábamos nos recibían á pedradas y á injurias. En vano queríamos alejarnos. Los campesinos contaban y creían las más brutales historias. En tal aldea habíamos cogido un niño y lo habíamos desollado vivo para sacarle el unto, que es el plato favorito del demonio. En tal otra habíamos envenenado las aguas, y más allá nos habían visto escupiendo en los campos,

pos, ¡escupiendo nuestra saliva maldita que deja yermo el sitio donde cae! Se nos acabaron los víveres, y como al vernos la gente huía, comenzamos á padecer hambre. Al fin una noche avanzó contra nosotros gente de todo el contorno, y á ciegas, sin pensar que también teníamos mujeres é hijos, comenzaron á disparar sus escopetas, gritando sin cesar: «¡Perros judíos, judíos errantes!»

Enardecido el viejo al hacer su relato, habíase puesto de pie, y su cabeza envuelta en la crespa melena y en la barba de nieve se alzaba y movía majestuosamente. El pintor había suspendido su trabajo y todos le oíamos atentamente.

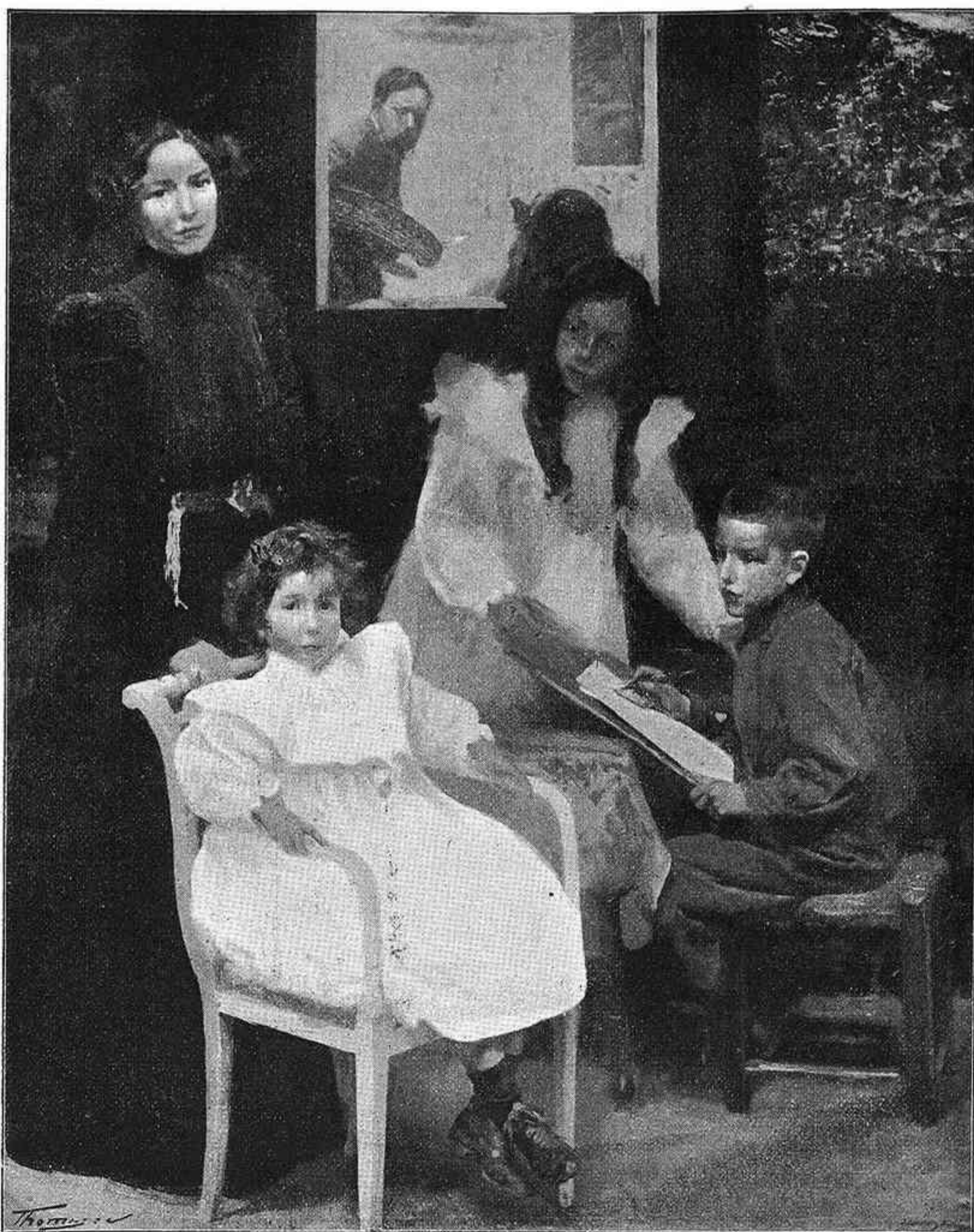
- Huyendo, continuó, nos desparramamos por la llanura. Yo me refugié, herido ya, en el hueco tronco de un árbol, y desde allí escuché hasta bien entrada la tarde los alaridos de los que nos perseguían: «¡Perros judíos, judíos errantes!» y las voces gimientes de los míos: «¡Alangarí! ¡Alangarí!»

- ¿Qué quiere decir *alangarí*?, preguntó balbuceando Mariana, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

- ¡Perdón! ¡Perdón! Eso pedían...

- Pero ¡jira de Dios!, gritó furioso mi amigo dejando caer al suelo la caja de colores, ¿perdón de qué? Hay que avisar á la Guardia civil.

- ¡Oh, señores, por favor. Dejadme seguir mi camino; yo encontraré á los míos, si alguno de ellos queda. Los que han muerto tenían sus días contados. Es Dios quien mide y corta la vida del hombre. Por eso les pedíamos perdón. ¿Qué culpa tienen ellos? Creyeron de buena fe que nuestra caravana les llevaba la sequía, el hambre, la



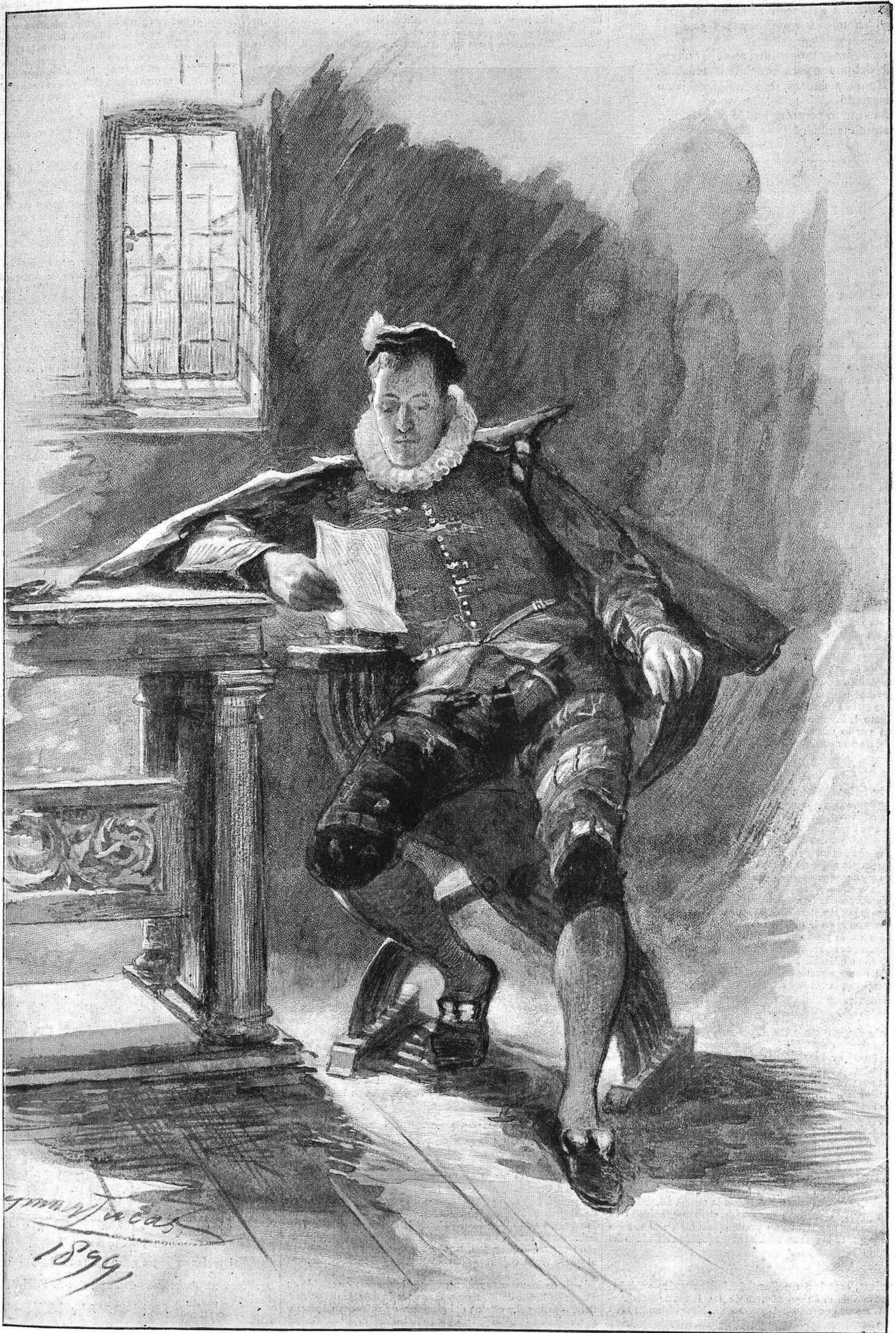
LA FAMILIA, cuadro de Joaquín Sorolla, premiado con la medalla de honor (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



LOS PRESOS, cuadro de José López Mezquita, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



EN PLENA BORRASCA, cuadro de Lionel Walden. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París. 1901.)



CARTA INTERESANTE, dibujo de Seymour Lucas

maldición de los cielos, y nos exterminaron. ¿Por qué castigarlos entonces? Si algún día conocen su crimen, su misma conciencia les castigará cruelmente!.

Y sentándose nuevamente, se dejó colocar á gusto del pintor para concluir la acuarela.

— ¡Hermosa cabeza de estudio!, exclamó entusiasmado.

— Y hermoso corazón, amigo mío, le dije. ¡De estudio también!

DIONISIO PÉREZ.

NUESTROS GRABADOS

Retrato del conde de Cabarrús, pintado por Goya.—Las obras del inmortal pintor aragonés son indiscutibles; la fama las ha consagrado y el mundo entero considera á Goya como uno de los más grandes genios de la pintura moderna. Innecesario resulta, por consiguiente, el elogio cuando se trata de alguna producción del autor de los *Caprichos*; por esto, al publicar en esta página el retrato del conde de Cabarrús, nos limitaremos á consignar que en él se admiran la firmeza de dibujo, la verdad del colorido y sobre todo la maravillosa expresión de la personalidad moral del retratado, que son las cualidades características de las creaciones del artista eminente en este difícil género de la pintura. El lienzo que publicamos es propiedad de D. Andrés Larraga, á cuya amabilidad debemos el poder ofrecer á nuestros lectores una reproducción de tan valiosa joya.

**

En plena borrasca, cuadro de Lionel Walden.—El mar está agitado, las gigantescas olas se precipitan en todas direcciones contra el buque, y saltando por las bordas barren la cubierta, mientras el viento huracanado hace vibrar las cuerdas y estremecerse los mástiles. El barco, juguete de los elementos, amenaza á cada instante hundirse; pero el genio del hombre lucha con la naturaleza y casi siempre sale vencedor en el terrible combate. El capitán, atento á los menores detalles, manda las maniobras que le permiten sortear los peligros, y en el extremo de la popa los timoneles, fijos los ojos y los oídos en las señales que el capitán dispone y puesta toda su atención en las órdenes que de él reciben, dan vuelta á la rueda del gobernalle que imprime dirección al buque. En manos de aquellos hombres está la suerte de la embarcación; un momento de distracción ó de torpeza por parte de ellos puede ser causa de una catástrofe. El notable pintor francés Lionel Walden ha expresado de una manera perfecta la situación que dejamos descrita; los dos marineros que en su cuadro aparecen están admirablemente pintados; se ve en ellos el conocimiento de la importancia de la misión que desempeñan, y resultan por lo mismo dos figuras hondamente sentidas. El resto del lienzo contribuye al buen efecto de la composición.

**

Carta interesante, cuadro de Seymour Lucas.—El autor de esta obra es uno de los artistas que de mayor y más merecida reputación gozan en Inglaterra. Hace años que forma parte de la Real Academia de Bellas Artes de Londres, y como pintor y como dibujante disputanse sus creaciones los más ricos aficionados y las revistas ilustradas más importantes. Su firma puesta al pie de un cuadro ó de un dibujo es la mejor garantía para el que desea adquirir una obra de arte de valor indiscutible. De sus relevantes cualidades es buena prueba *Carta interesante*: la figura del caballero, vigorosamente trazada, encanta por la naturalidad de su actitud y por la expresión de su fisonomía, en la cual se refleja claramente la impresión que la lectura le produce. No se necesita leer el título para comprender que en realidad se trata de una misiva importante; lo dicen con elocuencia la fijeza de aquellos ojos, la gravedad de aquel rostro, aquel ademán reposado, proclamando todos estos elementos la bondad del dibujo de Seymour Lucas.

**

La siesta, cuadro de Enrique W. B. Dawis.—En todos tiempos ha tenido la naturaleza fervientes adoradores, y se explica que así sea porque por más elementos que combine el hombre, jamás el arte por su imaginación creado podrá ofrecerle espectáculos tan bellos y tan variados como los que aquélla le brinda con verdadera prodigalidad. Notas de luz y de color, escenas plácidas ó grandiosas, paisajes poéticos, risueños y alegres unos, tristes y melancólicos otros, todo se encuentra en ella, y el artista de talento no tiene más que fijar su vista en cualquiera manifestación de la misma para encontrar asunto digno de ser trasladado al lienzo. El pintor inglés Enrique W. B. Dawis siente hondamente la naturaleza y sabe hacerla sentir á los que contemplan sus obras, para lo cual le basta reproducir con sinceridad la escena que impresionó sus ojos, sin añadirle nada, copiándola con la misma fidelidad con que la copiaría la máquina fotográfica, pero imprimiendo en ella ese sello personal que no puede obtenerse de la cámara obscura y que es lo que caracteriza al verdadero cultivador del arte.

**

Marina, cuadro de José M. Marqués.—Conforme decíamos en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nuestro querido colaborador Sr. Marqués no ha olvidado, ni mucho menos, su antigua manera, y en los cuadros que últimamente expuso en el Salón Parés, entre los cuales figuraba el que hoy reproducimos, ha demostrado que siente lo mismo que en los comienzos de su carrera el género que tantos triunfos le valiera y que le puso, cuando todavía era casi un niño, á la altura de nuestros primeros paisistas. Cierzo que ha obtenido no pocos éxitos cultivando otros géneros pictóricos; pero en nuestro concepto, donde se muestra en todo su talento es en los cuadros que se inspiran en la contemplación de la na-

turalidad, que bien puede decirse no guarda secretos para él. Las apacibles umbrías, los verdes prados, los bosques silenciosos, los tranquilos lagos, las grandiosas marinas, tienen en Marqués un intérprete genial, que pone toda su alma al servicio de tales bellezas. Sus paisajes y sus marinas, perfectamente observados



RETRATO DEL CONDE DE CABARRÚS, PINTADO POR GOYA
propiedad de D. Andrés Larraga, de Barcelona

y hondamente sentidos, son jugosos, frescos, llenos de aire y de luz; en ellos se transparenta la atmósfera, el cielo aparece con sus colores distintos, siempre encantadores, los árboles ostentan la infinita variedad de tonos que admiramos en las praderas, en los jardines, en los parques y en las selvas, y las aguas brillan con tales reflejos, que producen la impresión de la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MADRID. — En el concurso recientemente celebrado en Madrid para la erección de un monumento á D. Alfonso XII, han sido otorgados el primer premio al proyecto de D. José Grases y el segundo al de D. Agustín Querol.

MAGDEBURGO. — Con destino al Museo Municipal de Magdeburgo ha sido adquirido por 80.000 marcos (100.000 pesetas) el cuadro *Familia de tritones*, de Arnoldo Bocklin, que éste pintó en 1880 y que hasta ahora había sido propiedad de un particular en Basilea.

KARLSRUHE. — El gobierno del gran ducado de Baden ha destinado 100.000 marcos (125.000 pesetas) para la compra con destino á los museos del Estado de las obras que figuren en la exposición del Jubileo del año que viene y que se consideren dignas de ser adquiridas.

DRESDE. — El artista español Sr. Zuloaga acaba de obtener un nuevo triunfo en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde, pues sus obras, además de haber merecido grandes elogios de la crítica, han sido vendidas en su mayor parte á buenos precios.

BUDAPEST. — La Galería Nacional de Budapest ha pagado 70 000 marcos (87.500 pesetas) por el cuadro de Bocklin *El centauro en la herrería*.

BERLÍN. — De los 71 proyectos presentados para el monumento á Ricardo Wagner que ha de erigirse en la capital de Alemania, han sido premiados con 1.000 marcos cada uno los de Beyrer y Rank, Hundriser, Wenck, Metzner, Hidding, Hosaeus, Herter, Eberlein, Freese y Damman, entre los cuales habrá de celebrarse un concurso definitivo, en el que se otorgarán tres premios de 2.000, 1.500 y 1.000 marcos y se adjudicará al que obtenga el primero la construcción del monumento.

— Se ha inaugurado recientemente el monumento erigido en Berlín en honor de Bismarck. Está situado delante del palacio del Reichstag. La estatua del canciller, de colosales dimensiones, es de un parecido exacto, y en su actitud no se observa la menor afectación: con la mano izquierda empuña el sable y tiene la derecha apoyada sobre un documento puesto encima de una especie de mesita. Sobre el basamento se alzan cuatro esculturas, que son: Atlas llevando sobre sus hombros el mundo, Siegrido forjando la espada, un grupo simbólico que representa la sabiduría del hombre de Estado y otro que simboliza el Poder. Todas estas esculturas están admirablemente ejecutadas, pero la que más llama la atención por su excepcional

belleza es la de Siegrido. Adornan las caras del pedestal varios relieves: en uno de ellos se ve el busto de Bismarck sobre un pedestal en el que se apoya un genio, mientras varios geniecillos se disponen á coronarlo; en otro, una lechuza puesta sobre un montón de libros, y en otros la figura de la Germania, montada en un carro de guerra y precedida de un mensajero de paz, la misma figura desmontada en señal de haberse ésta conseguido, y en el centro de estos dos la propia Germania sentada en un trono dando la mano al Trabajo y á la Poesía. La obra, grandiosa en su conjunto, contiene preciosos detalles y constituye un nuevo timbre de gloria para su autor, el famoso escultor berlinés Reinoldo Begas.

ROMA. — El pintor Gustavo Muller ha dejado un legado de 240.000 marcos (300.000 pesetas) para que con los intereses del mismo se adquirieran cuadros de autores alemanes é italianos que figuren en las exposiciones que se celebren en Roma. Estos cuadros serán regalados á la Galería Nacional de Berlín y á la academia de San Lucas.

VIENA. — Se ha inaugurado recientemente en la capital de Austria un nuevo Museo de Antigüedades, en el cual se han reunido todos los objetos descubiertos en las excavaciones que desde 1896 se practicaron en la antigua Efeso por la expedición arqueológica austriaca dirigida por Benndorf.

Teatros.—La nueva ópera del famoso pianista Paderewski *Mauru*, se ha estrenado con gran éxito en Lemberg y en Dresde.

— El Consejo Municipal de Turín ha votado una subvención de 90.000 liras para que pueda ponerse con la propiedad debida la tetralogía de Wagner *El anillo del Nibelungo*.

— En Chilliwack (Columbia Británica) se ha representado la *Pasión* á la manera como se representa en Oberammergau, habiendo tomado parte en su ejecución 2.000 indios católicos.

París. — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro del Odeón *Madame de Lapommeraye*, comedia en tres cuadros que M. Pablo Degony ha tomado de la obra de Diderot *Jacobo el Fatalista*, conservando la mayor parte del diálogo de esta obra.

Barcelona. — En Novedades se ha estrenado con gran éxito *Lo cursi*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, que es una sátira admirablemente hecha de uno de los más extendidos vicios de la sociedad moderna.

Neurología.—Han fallecido:

Roberto Buchanan, poeta inglés, novelista y autor dramático.

Leonardo Cognetti de Martiis, profesor de la Universidad de Turín, uno de los más ilustres representantes de la moderna escuela económica nacional italiana.

Axel Erikson, explorador sueco, gran conocedor de los territorios africanos de Angora, Dramara y Ovambo.

Roberto Jacobo, lord Lindsay, célebre político inglés.

Sir Walter Berant, notable escritor inglés.

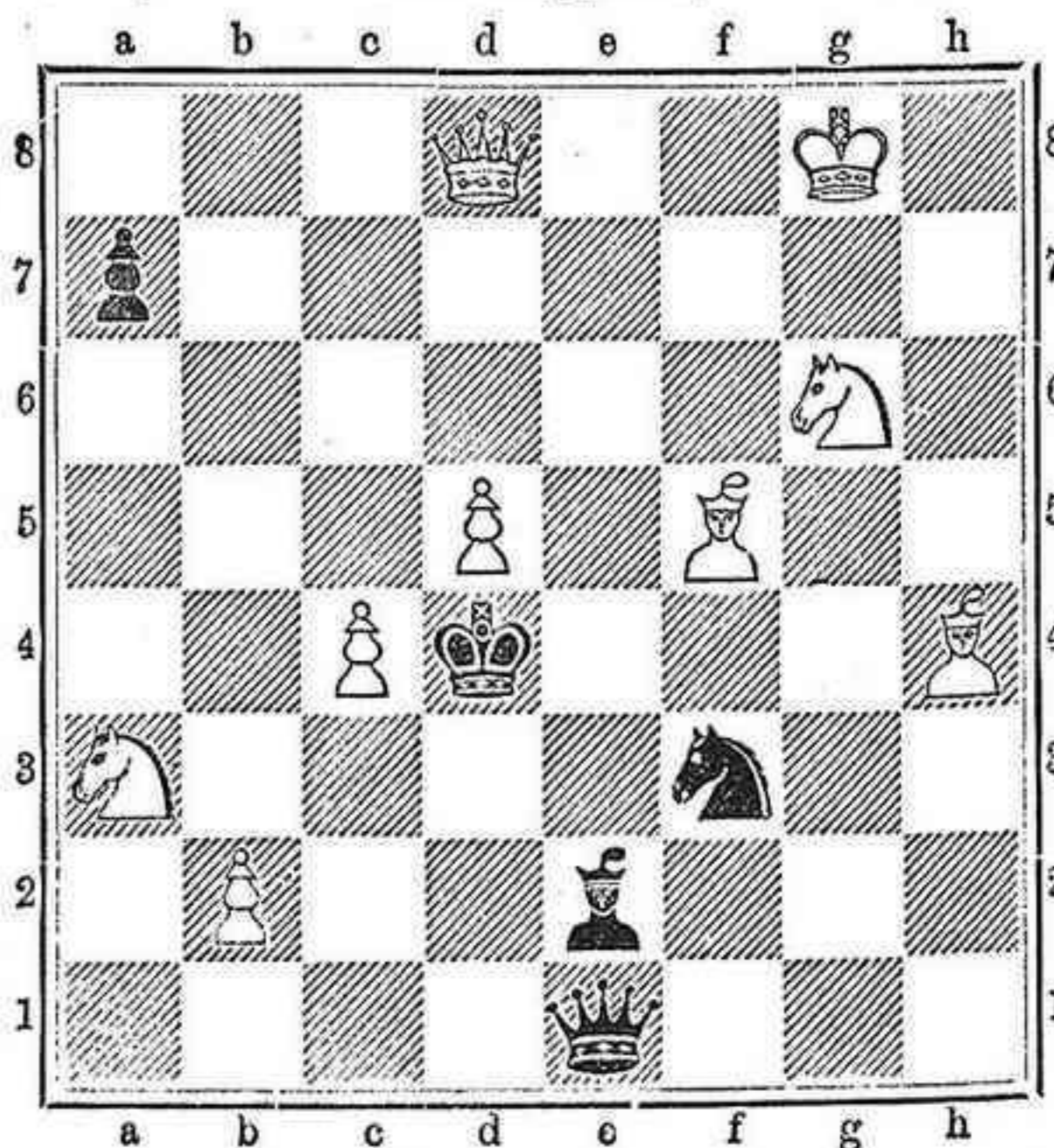
Adolfo Botticher, célebre arqueólogo alemán, uno de los que tomaron parte en las excavaciones de Olimpia y autor de las obras *Olimpia* y *El Acrópolis de Atenas*.

Federico Hermann Grimm, profesor de Historia del Arte en la Universidad de Berlín, autor de importantes obras de historia y crítica artísticas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 246, POR K. ERLIN.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 245, POR A. F. MACKENZIE.

Blancas.

1. Cf6—d7
2. Dc5—f8
3. Cd7—c5 mate.

Negras.

1. C toma T
2. Cualquiera.

VARIANTES

1. P toma T; 2. Dc5—c8, etc.
1. A toma T jaq.; 2. D toma A, etc.
1. Rd3—e4; 2. T toma P e5 jaque, etc.
1. Cualquiera; 2. D toma P d4 jaque, etc.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI



No pasaba una ráfaga de viento que no se entretuviese en atormentar al pobrecito templo

I

Con un gran mandil azul que le cubría el alzacuello y la sotana, con botes de pintura colgados de los dedos y con los brazos cargados de pinceles, el padre Vergeau cruzó el patio musgoso donde las matas de rosales se calentaban al sol de julio.

Andaba con precaución, frunciendo el entrecejo.

— ¡Eh! ¡Mí! ¡Mac!, dijo con bronca voz á los perritos zarceros de pelo negro y rojo que se le echaron entre las piernas. ¡Quietos!.. ¡Cuidado con la pintura!

Al pie de la escalera de piedra que subía muy empinada entre una doble hilera de lilas, empezaba el terreno sagrado, prohibido á las incursiones de Mic y Mac, que se detuvieron en aquel límite, arqueados sobre sus patas y ladrando con furia.

Aquellos escalones conducían á la sacristía.

La casa de Dios únicamente estaba separada de a de su servidor por una ancha faja de césped.

Las ventanas de la fachada principal de la rectoría, rodeadas de vid, miraban á la iglesia, pequeño templo que alzaba modestamente su campanario cubierto de pizarra y sus paredes grises salpicadas de musgo de oro.

Y á todas horas, sin tregua ni descanso, aquella perspectiva atormentaba al padre Vergeau con una preocupación.

El buen cura tenía afecto al viejo santuario en que venía celebrando misa desde hacía veinticinco años; al estrecho cementerio en que los muertos dormían tan bien, arrullados por las salmodias y el toque de las campanas, bajo la hierba desordenada.

Se achicaba, sin chistar, temeroso de que lo arrancasen de su querida Tebaida.

Porque su parroquia era la más modesta del departamento de Mayenne-et-Sarthe.

«En Ruillé, cuatro casas y cinco ladrones,» decían

en broma los habitantes de la capital del departamento.

En cuanto á ladrones, seguramente no se hubiera encontrado allí ninguno. Pero por lo que toca á las casas, había seis justas y cabales, contando la escuela, donde niños y niñas se instruían juntos.

Las seis casas, asentadas en la vertiente de la colina, se apiñaban en torno del campanario, como si tuviesen miedo de encontrarse tan solas, perdidas en la inmensidad de los campos, dominando un valle agreste.

La carretera de las diligencias y de las bicicletas pasaba á media hora larga de allí. Un simple camino vecinal conducía á Ruillé por pura complacencia, y aun hacía un brusco recodo, á la entrada de ese aborto de villa, como despechado de haber venido de tan lejos por tan poca cosa.

Pero cuanto más reducido es el rebaño, más probabilidades tiene el pastor de mantenerlo en buen orden camino del cielo.

El padre Vergeau estaba satisfecho de su suerte. Sus feligreses eran buenas personas, de costumbres sencillas, cuya alma, de una sola pieza, recaía siempre en los mismos pecados ingenuos.

Los cuidados de su salvación dejaban al cura numerosos ocios que éste consagraba á terrestres ocupaciones. El apartamiento de todo había desarrollado su industria natural. Era ingenioso como Robinsón, y reunía la habilidad de diversos artesanos. Su rebaño acudía á él tanto y más para las cosas corporales que para las espirituales.

Poseía recetas incomparables. En su jardín abundaban las flores de todas las estaciones y la fruta de primera calidad. El viejo cura cepillaba y torneaba la madera como nadie, limaba el hierro, conocía la maquinaria de los relojes y de las máquinas de coser, cortaba la fiebre, fotografiaba á todos los niños del pueblo, y se hacía querer de todo el mundo por

su bondad familiar é inagotable mansedumbre.

Su caridad hacía que toda empresa le resultase fácil. La ternura de su excelente corazón se difundía sobre todos los seres y sobre todas las cosas. Y cuando, desde la puerta de la sacristía, contemplaba la rectoría, con sus ventanas jovialmente abiertas al sol entre sus persianas verdes, y las palomas blancas que se arrullaban mutuamente en el tejado jiboso, y la buena anciana á quien aún llamaba mamá, á pesar de tener el cabello gris, se le humedecían los ojos y bendecía á Dios.

Pero todo el mundo sabe que el camino del cielo está sembrado de espinas y empedrado de guijarros puntiagudos. Y para que ese camino no resultase demasiado llano para el cura de Ruillé, una ambición punzante se le había metido en el corazón, ocasionándole muchos disgustos.

El tiempo no perdona ni á las madres ancianas ni á los viejos edificios. La buena señora de Vergeau declinaba un poco cada invierno, y lo mismo le pasaba á la iglesia, que sucumbía lentamente á la acción destructora de los siglos.

Las cuatro paredes maestras aún se mantenían firmes, merced á la sólida manera de construir que tenían nuestros antepasados. Pero la techumbre y la cornisa se hallaban en muy mal estado. No pasaba una ráfaga de viento que no se entretuviese en atormentar al pobrecito templo.

«¡Uul, ¡uuu!, ¡uuu!» soplabla la tormenta. Y de un capirotazo, el campanario se inclinaba. «¡Tic!, ¡tic!, ¡tic!» repetía el granizo cayendo de rebote en los cristales. «¡Rum!» vociferaba la borrasca. Y los vidrios partidos volaban hechos pedazos, y los canalones vomitaban agua en el cementerio, estropeando las cruces de madera y decapitando á los santos del portal.

De modo que, en las noches de viento, el padre Vergeau no podía pegar los ojos, pensando con ansiedad en los desperfectos que iba á encontrar al día siguiente.

La humedad descoyuntaba los ladrillos, disgregaba á trechos los materiales con que estaban revocados los marcos de puertas y ventanas, corroía el granito de las pilas del agua bendita y el hierro forjado del altar mayor, y asaltaba el púlpito en forma de podredumbre.

Los pajaritos entraban y salían libremente, cruzando la nave con su atrevido vuelo durante los oficios divinos, y se posaban en todas partes, hasta sobre la cabeza de la Virgen.

En fin, los santos que adornaban el altar mayor ofrecían un aspecto lamentable. Hacía tiempo que San Pedro había perdido las llaves y la mano derecha, y San Sebastián estaba tan descolorido, que más bien parecía haber muerto de ictericia que á flechazos.

¿No era una vergüenza que los poderosos patronos de Ruillé se hallasen expuestos en tan miserable estado á la devoción de sus fieles?

¿Qué benevolencia podrían experimentar en favor de una parroquia en que se hallaban tan mal representados?

Todo esto le partía el corazón al pobre cura. Este no comprendía que de tal modo pudiesen dejar que decayese una iglesia romana, construída en el siglo undécimo, quizá en cumplimiento de una promesa hecha durante el terror del año mil.

El deán de Sainte-Blaise se vanagloriaba de su basílica gótica, y el de Sainte-Gandelle ponderaba su campanario nuevo, que elevaba al cielo su blanca flecha. Y sin embargo, ¿qué eran esas jovencitas comparadas con su venerable hermana mayor y con sus ochocientos años de existencia?

Imbuído en su idea, estimulado por el peligro presente, el padre Vergeau salió á pesar suyo de su aislamiento, y llevó á todas partes sus quejas y sus súplicas.

Pero el obispado, agobiado por múltiples cargas, no le dió más que vagas esperanzas, sin ningún dinero.

El municipio, á pesar de ser muy pobre, remendó un poco el tejado y empedró la calle.

Todo lo demás seguía en mal estado.

Y la jurisdicción parroquial no comprendía ninguna casa opulenta que pudiese subvencionar al cura.

La más distinguida de sus feligrasas, la señorita Taccart, excelente persona, tenía apenas lo necesario para vivir, de modo que antes se le agotaba el dinero que la generosidad. Todo cuanto pudo hacer fué conseguir de su primo Farguet, escultor religioso muy conocido en la diócesis, la promesa de repintar á San Sebastián y restituir á San Pedro las llaves y la mano que le faltaban.

A falta de otra cosa, el cura se agarró á esa esperanza, tomando durante algún tiempo sus males con paciencia.

¡Supremo desencanto! La señorita Taccart acababa de traer muy malas noticias de la ciudad, donde solía pasar un par de meses cada año. Farguet iba á faltar á su promesa, aunque involuntariamente. Una enfermedad crónica que padecía desde hacía mucho tiempo, acababa de postrarlo de tal manera, que le era imposible emprender ningún trabajo.

El padre Vergeau, después de dos noches de insomnio á causa de esa nueva decepción, se levantó aquel día resuelto á poner en práctica el famoso adagio: «Ayúdate y el cielo te ayudará.»

Abandonado á sus propios recursos, no iba á esperar ya más un socorro problemático: contaba solamente consigo mismo y con Dios, que no dejaría de favorecer tan meritoria empresa.

Y sostenido por el valor que infunden la fe y el amor, se empeñó en que la fiesta de la Asunción se celebrase en un templo digno de la santa Virgen.

En seguida la emprendió con San Sebastián, que desde hacía tantos años le ofuscaba los ojos. Con un pincelito en la mano, sus gafas en equilibrio en la punta de la nariz, encaramado en un escabel, en medio de frascos y tarros esparcidos por las gradas del altar, el señor cura sudaba afanosamente, molesto por un pícaro rayo de sol que parecía reirse de sus desgraciados esfuerzos.

Porque, entre sus múltiples talentos, el padre Vergeau no poseía la intuición de los colores. Por más que amalgamaba el ocre, el carmín, el albayalde y el azul, el tono de carne deseado no aparecía en la paleta, y el cuerpo del bienaventurado mártir se encontró revestido de una capa de pintura terrosa que le dió la apariencia de un abisinio.

— ¡Bah!, pensó el cura para reconfortarse, el tono bajará.

Por de pronto era ya una satisfacción el ver desaparecer las manchas que salpicaban al pobre santo de una blanquecina erupción.

Temblando de audacia, invocando á San Lucas, padre Vergeau pasó á la parte más delicada de la operación, al rostro...

La barba y el cabello, al fin y al cabo, á fuerza de pintura negra, pudieron pasar. ¡Pero la boca; pero los ojos!.. Aquello fué terrible... Tanto más cuanto que el ojo derecho había desaparecido sin dejar trazas. ¿Cómo reconstituirlo? El señor cura apenas respiraba. Se le hinchaban las venas, y las piernas le temblaban. Pero en vano redondeó sistemáticamente las dos pupilas; no pudo llegar á ponerlas de acuerdo. De modo que, después de haber sido tantos años tuerto, San Sebastián corría riesgo de ser bizco para siempre.

— ¡Demasiado encarnado, señor cura!, exclamó de pronto una voz detrás de él. San Sebastián no fué desollado vivo, como Marrias.

El cura, sobresaltado, estuvo á punto de soltarlo todo. Absorto en su ardua tarea, no había oído llegar á nadie. Volviéndose rápidamente, se encontró en presencia de un hombre alto y moreno, en traje gris..., como Satanás se aparece en las leyendas á los artistas ó á los alquimistas apurados.

Y como el arcángel caído, aquella aparición era toda sombra y luz: el brillo intenso de la mirada, dientes blancos y labios rojos, formando contraste con las negruras de las cejas, del bigote y del cabello apiñado al descuido en torno de una clara frente.

Al primer golpe de vista, el padre Vergeau le reconoció.

El forastero había llegado de la ciudad en el coche del tío Tommery, la misma noche que la señorita Taccart, á quien disgustó verle emprender detrás de ella el camino que desde la carretera conducía al pueblo.

El hombre gris excitaba prodigiosamente la imaginación de la digna solterona.

Esta había tenido ocasión de oír, en el patio de la hostería de la Cabeza Negra, en Saily, la extraña conversación que decidió al desconocido á partir para Ruillé, y había oído algún misterio.

— ¿Adónde va usted?, preguntó el viajero al marcial ocupado en cargar su coche.

— A Sainte-Blaise.

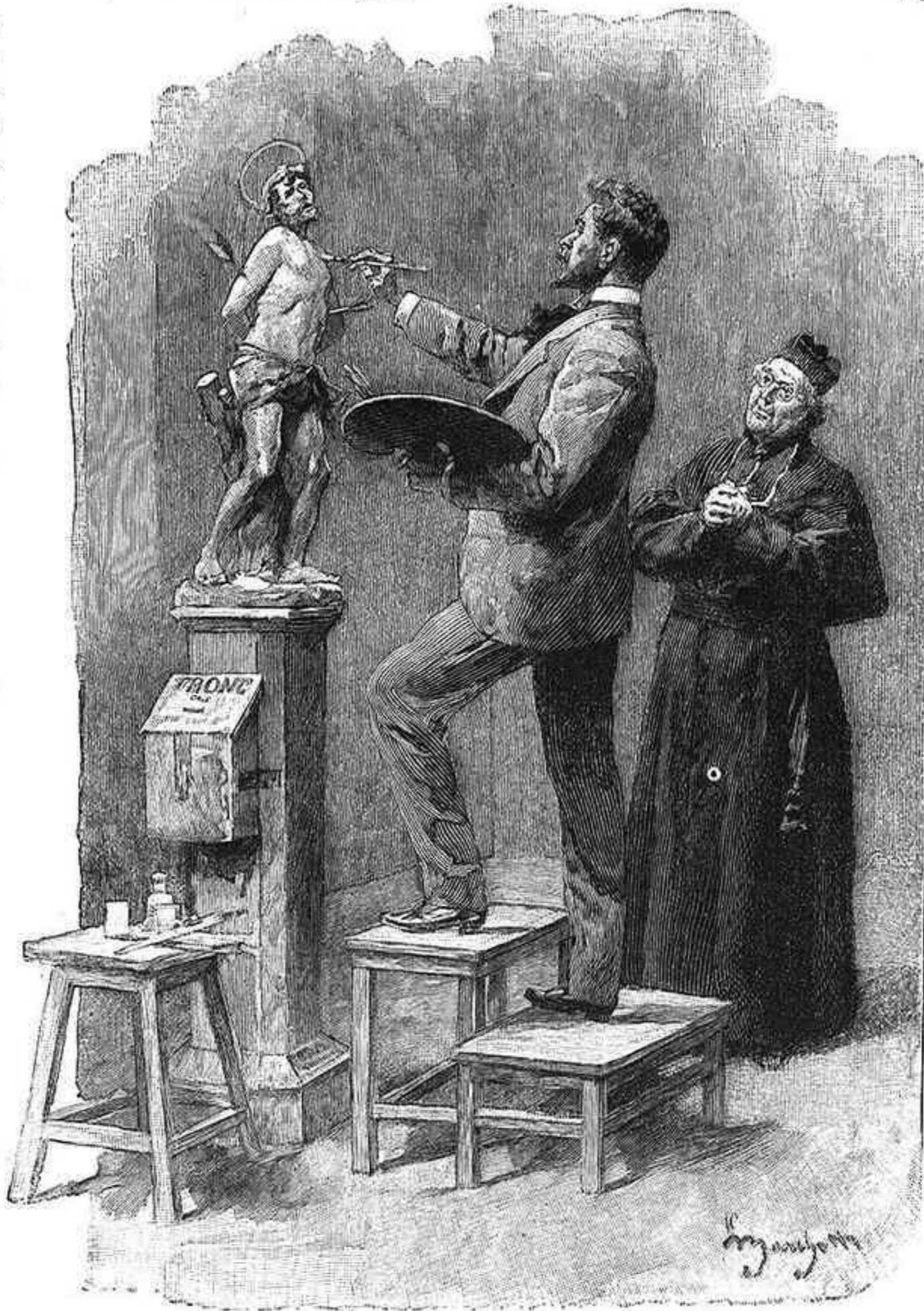
— ¿Cuántas leguas?..

— Nueve.

— ¿Cuántos pueblos?..

— Cinco.

— ¡Cincol ¡Cinco pueblos en nueve leguas!, exclamó el forastero con rabia. ¡Maldito sea Enoch, que legó á los hombres semejante manía de edificar! ¡De modo que las casas se tocan!.. ¡No haya ya medio de hacerse salvajel!..



... y la emprendía á brochazos con el pecho del santo soldado

— ¡A fe que si todas las poblaciones se pareciesen á Ruillé, dijo Tommery, que era muy bromista, no faltaría terreno para sembrar!

— ¿Qué es eso de Ruillé?, preguntó bruscamente aquel singular personaje.

— ¡Una famosa capital, no vaya usted á creer otra cosa, caballero!, añadió con sorna el tío Tommery chupando su pipa. La altura de las casas no impide ver la población..., porque no hay más que seis. Sin embargo, es digna de verse por lo rara. El campanario está algo torcido, pero en su veleta hay un gallo que silba como cualquiera de nosotros.

El pobre gallo del campanario de Ruillé, atravesado de parte á parte, desde el pico hasta la cola, formaba, en efecto, un arpa eólica de nuevo género, que vibraba quejumbrosamente al atravesarlo el viento.

Tommery añadió á este detalle una porción de noticias en el mismo tono burlón, y quedó luego asombrado cuando el forastero, colocando su maleta en el asiento, anunció que partía para Ruillé.

Francamente, ¿no era esto sospechoso? ¿Era posible que alguien fuese á Ruillé sin que le llevase allí algún asunto?

¿Era excesivo el suponer que aquel hombre buscaba un rincón del mundo en que esconderse, á fin de escapar tal vez á alguna persecución?

La misma desconfianza reinó en el ánimo de la tía Mariquita, dueña de la única posada de la aldea. Posada en que ningún viajero había pernoctado jamás.

Júzguese cuál sería su confusión cuando el forastero fué á pedirle hospitalidad.

Después de haber tratado en vano de negarle albergue, pues hubiera preferido darle un escobazo que la cama pedida, no tuvo más remedio que admitirlo.

Pero formó una verdadera barricada detrás de la puerta de cada habitación.

Al amanecer ya se había levantado el huésped sospechoso.

Habiendo perdido un poco el miedo, la hostelera se tranquilizó aún más al ver que nuestro hombre ataba un anzuelo á una caña que había encontrado en el patio, y le hizo hablar con la astucia de un juez de instrucción.

Cuando supo que se llamaba Juan Norberto, que

trabajaba en cosas de yeso y esculpía la piedra, que padecía una extraña enfermedad que da el aire de París, y que venía al campo á restablecerse, la buena mujer sintióse grandemente aliviada.

Arrepentida de haber exigido á un simple trabajador un precio exorbitante, descubrió que su huésped era un guapo mozo, que parecía buen muchacho, y se prometió cuidarlo como la niña de sus ojos.

Las noticias no tardaban en dar la vuelta á Ruillé. Mariquita contó la aventura al carnicero y éste á la señora Vergeau, de modo que en la rectoría pronto quedaron enterados de todo lo que afectaba al forastero.

El cura, desde la glorieta en que leía su breviario, en la soñolencia de los días cálidos, alrededor de las doce, le vió pasar á menudo con sus cañas de pescar.

Y con un anteojo de larga vista, el padre Vergeau pudo observarlo un día desde su ventana, en ocasión en que estaba echado en la hierba, rodeado de vacas y bueyes blancos y rojos, en medio de la pradera que las flores de achicoria tachonaban de azul.

... Lejos de poner mala cara al forastero y asustarse de su audacia, el cura le dirigió una sonrisa benévola.

Poder hablar con una persona procedente de París de otros asuntos que el estado de los forrajes ó la futura cosecha de manzanas, ¡qué ganga!

El padre Vergeau bajó rápidamente de su escabel, miró al San Sebastián que acababa de maltratar con tan sana intención, y exclamó moviendo la cabeza:

— ¡Ay! ¡Que el bienaventurado mártir me lo perdone, en gracia á mis buenos deseos!..

— ¿Eso es lo que hace usted del más hermoso de los romanos?, añadió en broma Juan Norberto señalando al ojo recalcitrante.

— ¡Pobre de mí!, suspiró el cura agobiado por su impotencia.

El hombre gris arrojó el sombrero sobre las gradas del altar, y quitando la paleta y los pinceles de manos del cura asombrado, le dijo con énfasis:

— Déjeme usted hacer. Voy á ayudarle, si me lo permite.

Estas últimas palabras eran superfluas, pues ya se había encaramado el hombre en el escabel y la emprendía á brochazos con el pecho del santo soldado.

El padre Vergeau, á quien tanta audacia cortaba la respiración, se dejó caer en una silla, cerca del facistol, y con su gran pañuelo á cuadros se secó la frente inundada de un sudor de angustia.

Durante un rato, aquello fué un caos horrible, de donde parecía que nada humano pudiese salir. Luego, poco á poco, todo se desenredó, se calmó, se depuró, y de pronto el cura se levantó como galvanizado, agitando su pañuelo con entusiasmo.

— ¡Oh!.. ¡Admirable!.. ¡Qué expresión! ¡Qué mirada tan impresionante!.. Es usted un gran pintor.

— ¡Bah!, dijo Norberto guiñando el ojo y retrocediendo para juzgar el efecto de la pintura; sé lo bastante para salir del paso, y nada más. La pintura no es mi especialidad.

— Es usted demasiado modesto. Conozco á más de un policromista que no llega á la habilidad de usted... ¡Y en tan poco tiempo!.. A no haberlo visto, no lo creyera.

Quitábase las gafas y se las volvía á poner; se acercaba y se alejaba sucesivamente del altar; se miraba en su San Sebastián rejuvenecido, y lanzaba exclamaciones de admiración y de encanto á cada pincelada.

— ¡Ya está!, dijo Norberto enfilando los pinceles en la paleta y girando sobre sus tacones. Para la primera capa ya es bastante. Pero ahora que los colores están á punto, ¿me necesita usted para algo?

El cura le dió las gracias con efusión, diciendo que no quería abusar de tanta complacencia.

Pero había en la paleta un poco de cobalto que parecía estar pidiendo que lo extendiesen sobre el manto de la Virgen...

Después de lo cual, cierto tono de carne fué utilizado para cubrir los rasguños de la frente de San Mauro.

Yendo de la nave á los cruceros, el padre Vergeau se excusaba de la miseria escandalosa de su iglesia, manifestando la honda pena que le causaba.

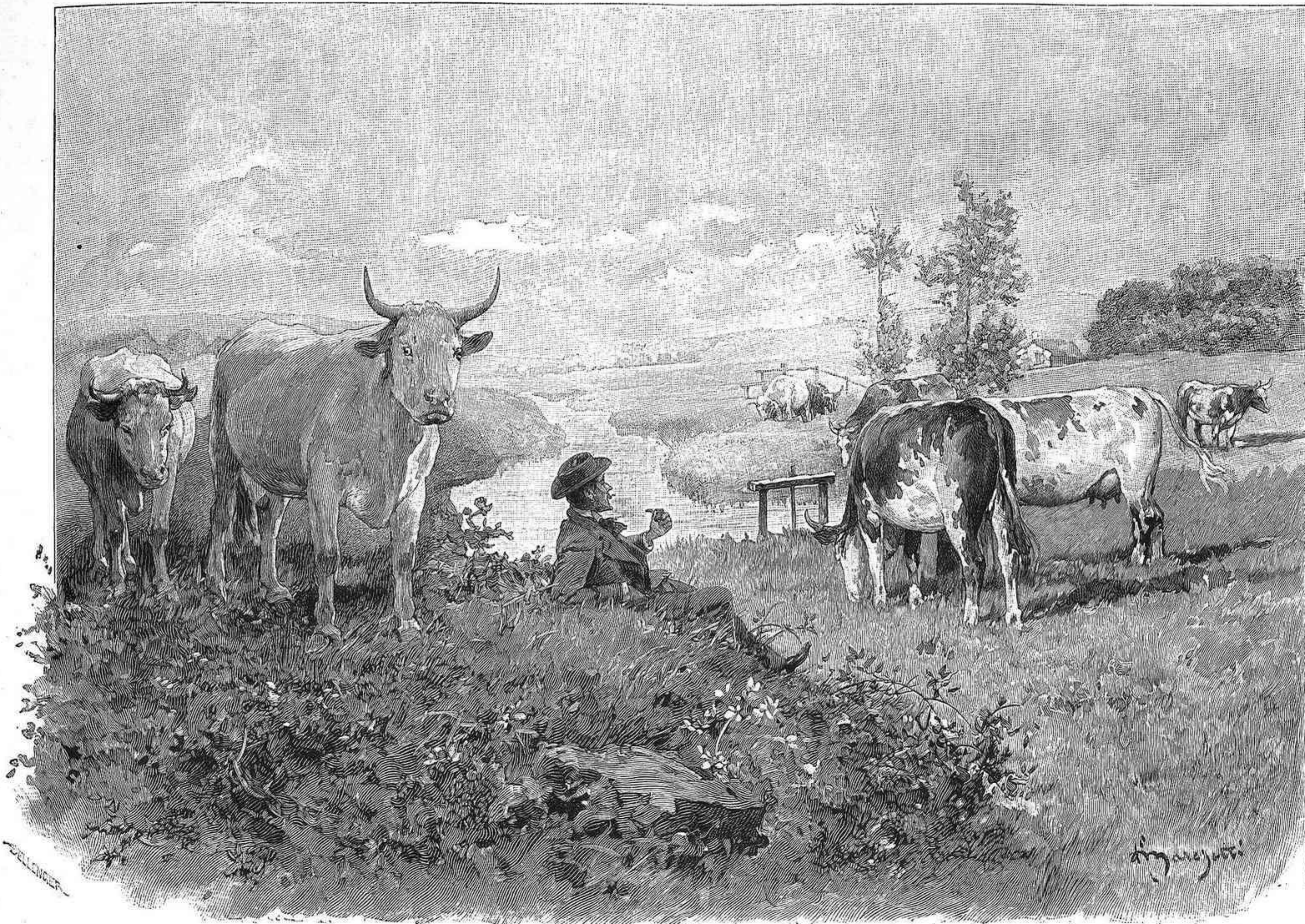
Puesto en confianza por la franca actitud del forastero, se dejaba llevar de sus entusiasmos y sus quejas.

¡Ah, si Su Ilustrísima hubiese podido oír en aquel momento al buen cura de Ruillé, que gozaba fama de mejor carpintero que orador!..

Y el santo varón no cabía en sí de gozo al encontrar al fin una persona que pudiese comprenderle. Era inútil enseñar á Norberto la antigüedad de estilo de los ventanales y de la bóveda romana de medio punto; los curiosos capiteles que á uno y otro lado sostenían el grande arco abierto sobre el ábside, y los cruceros de la claraboya del coro, y los finos tallados del altar del siglo xvii, y la Virgen, melindrosa y bonita como una dama del tiempo de Luis XV, con sus cabellos rubios y su vestido estre-

su filiación... Me parecía conocerle á usted ya... Ahora caigo... A quien he conocido..., muy íntimamente..., es á un antepasado de usted..., á cierto cura de Meudon...
- ¡Chitón!, exclamó Vergeau poniéndose algo colorado, pero sonriéndose. Es un autor que hay que leer..., después de todo. Algo bueno tenía entre mucho malo. ¡Vamos, Mic! ¡Quieto, Mac!... ¡Mire usted qué golosos! El perro siente lo que su amo come..., y la mujer lo que el marido bebe. ¿Verdad?..

ted allá arriba... Le conocen más que á mí... Y estaremos en paz.
- ¿Pero qué oficio tiene usted?, preguntó el cura, que se moría de curiosidad.
- Un poco de todo, según vienen las cosas. Hoy alfarero, mañana escultor..., adornista... En el día, desgraciado del que no toca más que un pito.
Y el parisiense bajó la cabeza hasta meter la nariz en el vaso, quizá para ocultar una sonrisa.
- ¡Escultor!.. ¡Ah, Dios mío!.., caballero..., si us-



... en ocasión en que estaba echado en la hierba, rodeado de vacas y bueyes blancos y rojos

lado... El lo veía todo, sin necesidad de que nadie se lo hiciese observar.

- ¡Pero, válgame Dios!, exclamó de pronto el cura, presa de cierto remordimiento. Le tengo á usted aquí sin ofrecerle nada... Sin embargo, bien se ha ganado usted la convidada. Hágame el obsequio de venir á probar mi sidra. Sin alabarme, creo que en todos los contornos no hay quien la tenga mejor.

Tampoco hubiera sido fácil encontrar en los contornos mejor cara que la que ponía el bueno del cura, ni una risa en que mejor se abriera el corazón, ni unos ojos que con más viveza brillasen á través de las gafas.

Ni hubiera sido fácil tampoco hallar una viejecita más despabilada y alegre que la señora Vergeau, con su gorro de tul negro y sus cabellos blancos.

¿Dónde hallar, igualmente, un sitio más tranquilo que aquel patio lleno de rosas, entre la rectoría de persianas verdes y la iglesia gris, que surgían de entre matas de lila?

Esto pensaba sin duda el forastero, sentado ante los blancos manteles de la mesa rectoral, con la mirada perdida en el luminoso y fresco valle, mientras que el gallo del campanario silbaba su runrún arrullador, los mosquitos bailaban al sol, la miel y las peras embalsamaban el comedor, el cura, seguido de Mic y Mac, llegaba con una petulancia sorprendente en un hombre tan lento como él, y en toda la casa se oía el bastón de la señora Vergeau, atareada en servir al pintor de San Sebastián.

- ¡Ajá!, dijo al fin el cura tomando asiento y escanciando la sidra espumosa en los vasos. ¡A su salud! ¡Y remojemos bien el gazzate!

Juan Norberto se echó á reír, y miró alegremente al pastor de almas de Ruillé.

- ¡Gracias á Dios, señor cura! Por fin he dado con

Y rióse de tan buena gana y con tan expansiva franqueza, que Norberto se asoció á la risa del cura.

Después de algunos rodeos, la conversación recayó sobre los proyectos de que el padre Vergeau tenía llena la cabeza.

Este los expuso en todo su santo ardor, en tanto que el parisiense le escuchaba complaciente, con una sonrisa un poco socarrona.

- ¿Y pretende usted llevar á cabo sus proyectos para la Asunción?

- Tengo tres largas semanas por delante..., y los días ahora son largos.

- ¿Sin ayuda de nadie?

- Necesidad es ley... Y el albañil de Sainte-Blaise se pasaría más tiempo en la posada que en la iglesia.

Juan Norberto tendió la mano por encima de la mesa.

- Señor cura, ¿quiere usted contratar á un *compañero*?.. ¡Venga esa mano!.. Me pongo á su disposición... Y sin salario..., por supuesto... Me es usted muy simpático..., y quiero colaborar en su empresa... Sin duda no trabajaré con mucha regularidad, y no respondo de resistir siempre á la tentación de vagar. Pero, aparte de eso, tengo buenos brazos. Y los parisienses tienen fama de sabérselas arreglar. Mi oficio se relaciona con todas las profesiones y aun con las artes... Si es necesario, me improviso herrero, tapicero, dorador, arquitecto, pintor, adornista... ¡Ya ve usted si puedo serle útil!

El cura se levantó, con una emoción que le hizo subir las lágrimas á los ojos.

- ¡Usted me confunde, caballero!, murmuró estrechando con todas sus fuerzas la mano vigorosa y suave de Norberto. ¡Tanta bondad!.. No sé cómo agradecerle...

- ¡Bah!, exclamó Norberto. Me recomendará us-

ted pudiese..., pero no..., tal vez sería demasiado difícil. ¿Piensa usted que pudiese hacer una especie de mano á San Pedro?, preguntó el cura con ansiedad.

Norberto levantó las cejas con aire perplejo y dijo:
- Se puede probar... Después de todo, si no sale, no se pierde gran cosa.

- ¡Mamá! ¡Mamá!.., gritó el cura en un arranque de exaltada alegría. El Sr. Norberto quiere ayudarme á restaurar la iglesia... ¡Y San Pedro no será ya manco!.. ¡Ay, caballero, es la Providencia quien le trajo á usted aquí!

Y la señora Vergeau, juntando las manos, pensó confusamente en el arcángel enviado del cielo al santo varón que se llamó Tobías...

II

Diez días antes, Norberto Dys, el vencedor del Salón de la escultura en aquel año, regresaba á su estudio de la calle de las Plantas, en las alturas del barrio parisiense de Montrouge.

Desde la puerta, tiró el sombrero sobre el diván manchado de barro, y se dejó caer en un sillón con un ¡uf! de desahogo...

Dos días seguidos de frac; la distribución de recompensas el día anterior; hoy el casamiento de su amigo Jaime Randon... ¡Era demasiado para él! Se sentía quebrantado de espíritu y de cuerpo. Durante algunos segundos se abandonó, rendido de cansancio.

En él se revolvían, mezclados y confusos, los recuerdos de ambas ceremonias: alocuciones eclesiásticas ú oficiales, cabezas petrificadas en actitudes simpáticas, solemnes ó enternecidas... Luego frases huecas, y en oposición, fórmulas descarnadas, decisivas en su concisión, cambiando la vida...

(Continuará)

LA MUSICOTERAPIA

APLICADA Á LA ANESTESIA PROVOCADA

Para remediar los inconvenientes que tiene la anestesia por medio del protóxido de azoe y producir en el sujeto anestesiado un sueño tranquilo y hasta agradable, se ha recurrido recientemente á la música, cuya acción sedante sobre el sistema nervioso permite interpretar los hechos hasta ahora observados y explicar la teoría de que éstos derivan.

Tiempo hace que el Dr. Drossner, que emplea aquella substancia para la extracción de dientes, había observado la influencia perniciosa que los ruidos de la calle ejercían sobre los individuos por aquel medio anestesiados, y para evitarla trasladó su gabinete odontológico á una habitación del interior de su casa adonde apenas llegaba el ruido del exterior. Desde entonces las anestésias fueron más fáciles y menos terroríficas, de lo cual dedujo el doctor que suprimiendo los sonidos, y aun mejor modificándolos y reemplazándolos con sonidos armoniosos y rítmicos, se alteraría el carácter de la alucinación provocada, haciéndola agradable ó á lo menos interesante para el paciente. En su consecuencia, concibió la idea ingeniosa de colocar no lejos del enfermo una caja de música que ponía en movimiento en cuanto daba la primera inhalación de gas. El resultado pareció satisfactorio, pero lo fué más todavía cuando empleó un fonógrafo cuyos dos receptores se fijaban en las orejas del paciente y que se hacía funcionar en el momento de empezar la narcosis. A partir de esta prueba, M. Drossner ha aplicado este procedimiento en más de cinco mil casos y siempre con gran éxito.

El primer efecto que produce la música oída por el enfermo es de asombro; luego procura reconocer la tocata, y durante este tiempo su atención se desvía de la inhalación del gas que respira ampliamente por medio de una máscara cuidadosamente combinada, y por último se duerme rápida y fácilmente, consumiendo menos gas que de ordinario. El aspecto del individuo durante el sueño es tranquilo, el pulso no se modifica y la respiración es normal, aunque menos honda.

El grabado adjunto reproduce el dispositivo de que se vale M. Drossner para la aplicación de su ingenioso procedimiento. — G.

**

LA FOSFORESCENCIA INVISIBLE

Y SU TRANSFORMACIÓN EN FOSFORESCENCIA VISIBLE

El Dr. Gustavo Le Bon prosigue sus investigaciones sobre la luz negra, y después de haber demostrado que en diversas circunstancias (acción de la luz, reacciones químicas, etc.) los cuerpos emiten ciertos efluvios capaces de convertir el aire en conductor de la electricidad y de atravesar los cuerpos opacos, fenómenos á los cuales ha dado el nombre de *radioactividad*, se ha dedicado á estudiar la fosforescencia invisible, que comprende, según consigna en su memoria, dos categorías de fenómenos muy distintos: 1.ª, las radiaciones oscuras que ciertos cuerpos, después de sometidos á la acción de la luz, emiten espontáneamente en la obscuridad durante cerca de dos años; 2.ª, las radiaciones oscuras que estos cuerpos conservan en estado latente por un tiempo indefinido y que pueden hacerse visibles proyectando sobre su superficie radiaciones invisibles.

Radiaciones invisibles emitidas espontáneamente. — El Dr. Le Bon ha comprobado en primer término que ciertos cuerpos primitivamente dotados de fosforescencia visible, tales como el sulfuro de calcio, por ejemplo, conservan durante un período á veces de dos años la propiedad de emitir en la obscuridad y de un modo permanente radiaciones completamente invisibles, y ha demostrado que estas radiaciones tienen un espectro análogo al de la luz, refractándose, polarizándose y gozando de la propiedad de impresionar las placas fotográficas. Una estatua untada de sulfuro de calcio, dejada en la obscuridad y completamente invisible á simple vista, puede ser fotografiada en la cámara oscura en un subterráneo donde no penetre ningún rayo de luz, con exposiciones que varían de ocho días á un mes, según el tiempo transcurrido desde su insolación; de este mo-

do se ha obtenido la fotografía de la Venus de Milo que reproduce la figura 1.

Para demostrar que la luz invisible así emitida es susceptible de polarización y posee, por consiguiente, el carácter más fundamental de la luz visible, se introduce una gruesa placa de espato de Islandia en el sistema óptico del objetivo fotográfico. Si se toma como fuente de las radiaciones invisibles un tubo de cristal lleno de la substancia capaz de emitir es-



LA MUSICOTERAPIA APLICADA Á LA ANESTESIA PROVOCADA
Aparato empleado por M. Drossner para anestesiarse á un individuo

tas radiaciones, se observa, después del desarrollo, que la imagen del tubo ha sido desdoblada, de manera que ha habido doble refracción y por consiguiente polarización.

Radiaciones residuales invisibles transformadas en luz visible. — El hecho que acabamos de señalar de la larga persistencia de la emisión en la obscuridad de radiaciones invisibles era ya bastante curioso, pero todavía lo son más los que el Dr. Le Bon ha descubierto posteriormente. Esos cuerpos que después de dos años de emisión espontánea de radiaciones oscuras acaban por no emitir rayo alguno, guardan aún una carga residual considerable que conservarán indefinidamente hasta el día en que se la expulsará artificialmente proyectando sobre su superficie ciertas radiaciones enteramente oscuras, volviéndose entonces luminosas en la obscuridad y podrán ser fotografiadas en pocos minutos. El mismo experimento puede repetirse un centenar de veces con el mismo cuerpo en cualesquiera intervalos y sin necesidad de someterlo á nueva insolación. Las radiaciones oscuras que tienen la propiedad de hacer luminoso un cuerpo dotado de fosforescencia residual invisible, pertenecen á la parte oscura del espectro, cuyas longitudes de onda están comprendidas entre $0 \mu 8$ y 2μ aproximadamente.



Fig. 1. — Reproducción fotográfica en la obscuridad de una estatua por medio de las radiaciones que emite 18 meses después de haber sufrido la acción de la luz. Tiempo de exposición, 10 días.

vamente sólo salen radiaciones enteramente oscuras.

Si se proyectan estas radiaciones sobre una estatua cubierta de sulfuro de calcio y mantenida en la obscuridad durante algún tiempo, esta estatua se vuelve luminosa en las tinieblas y puede ser fotografiada en menos de media hora de exposición.

En este sorprendente experimento las radiaciones oscuras, añadidas á otras radiaciones oscuras también, han producido la luz; este fenómeno resulta ser lo contrario del célebre experimento de las interferencias de Fresnel, en el que la luz añadida á la luz produce obscuridad.

Las radiaciones oscuras que hacen luminosos los cuerpos en la obscuridad, no obran en modo alguno calentando la superficie de los cuerpos sobre los cuales se posan, lo cual se demuestra fácilmente comprimiendo estos cuerpos, mientras se les expone á las radiaciones oscuras, entre dos vasijas de cristal llenas de agua helada que impiden en absoluto todo calentamiento.

Los experimentos que acabamos de indicar exigen aparatos especiales de fácil construcción.

No todos los cuerpos pueden servir para los experimentos explicados: éstos resultan perfectamente con los sulfuros de calcio, de bario y de estroncio, pero no con otras substancias, tales como el sulfuro de cinc, el diamante, la apatita, etc., las cuales poseen ciertamente una fosforescencia residual indefinida, pero esta fosforescencia no aparece más que calentándolos á 150° y no cuando se proyectan sobre su superficie las radiaciones invisibles de que hemos hablado. Estos cuerpos pertenecen á la clase bien conocida de las substancias fosforescentes por el calor y muchas de las cuales pueden serlo también por la luz.

El Dr. Gustavo Le Bon ha deducido de sus experimentos una teoría de la fosforescencia que no expondremos aquí, pero que puede resumirse diciendo que los fenómenos de la fosforescencia son el resultado de combinaciones químicas en extremo móviles que se forman en el seno de cuerpos á veces muy rígidos, como los diamantes. En estas combinaciones, absolutamente diferentes de las combinaciones químicas ordinarias, uno de los elementos en presencia está siempre en cantidad infinitamente menor del otro.

Esta teoría, que no hacemos más que indicar someramente, ha sido altamente fecunda en manos de su autor, pues le ha llevado, no sólo á comprobar la fosforescencia de varios cuerpos por hidratación y deshidratación, sino además á descubrir las transformaciones profundas de las propiedades fundamentales de ciertos cuerpos simples bajo la influencia de la presencia de las proporciones infinitesimales de cuerpos extraños.

A propósito de la fosforescencia de los diamantes, el Dr. Le Bon ha comprobado que todos los diamantes del Brasil, hoy en día tan escasos, eran en extremo fosforescentes después de haber estado expuestos á la luz de una cinta de magnesio, al paso

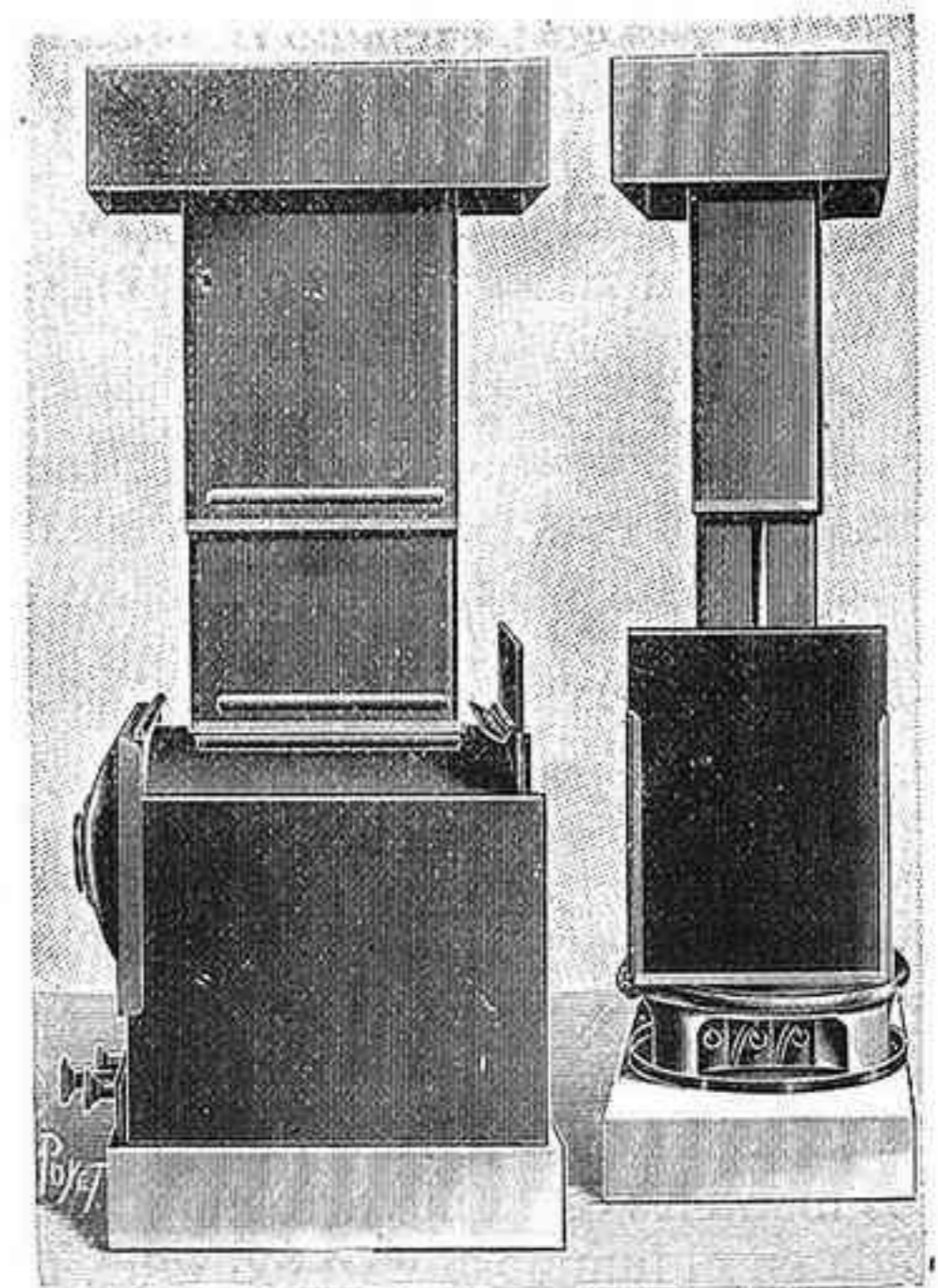


Fig. 2. — Vista de perfil y de frente del aparato empleado para reproducir las radiaciones oscuras destinadas á transformar la fosforescencia invisible en fosforescencia visible.

que los del Cabo no lo eran en absoluto ó lo eran muy poco.

De este hecho ha deducido el repetido doctor un medio sencillísimo de reconocer inmediatamente los diamantes del Cabo, que se venden muchas veces como diamantes del Brasil y que en realidad tienen un cincuenta por ciento menos de valor á causa de su poco brillo. — P.

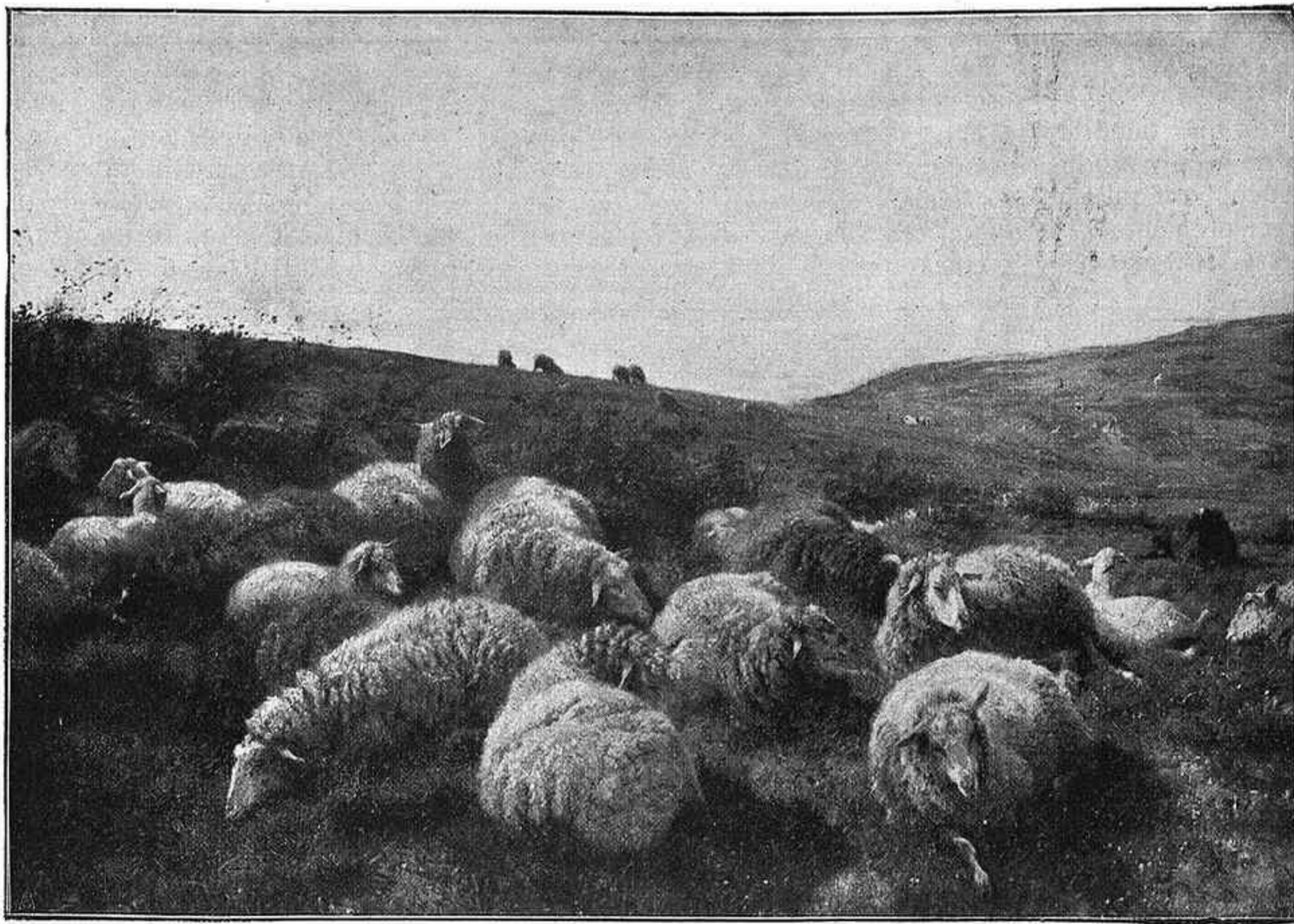
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA HUELGA, por *Sebastián Gomila*. — Es la segunda de la serie titulada «Novelitas vulgares,» y en ella su autor, el popular escritor barcelonés Sr. Gomila, desarrolla una acción interesante, enlazada con el problema social que sirve de título á su obra. El asunto está bien estudiado, los tipos son fruto de la observación directa y el lenguaje correcto avalora la bondad del fondo de la novela. Véndese á una peseta.

DISGUSTILLOS DE LA VIDA CONYUGAL, por *H. de Balzac*. — Prosiguiendo en su laudabilísima empresa de popularizar las obras del gran novelista francés, el conocido editor de esta ciudad don Luis Tasso ha publicado este nuevo volumen de su Biblioteca Económica, en elogio del cual nada hemos de decir por tratarse de autor de tan universal renombre; únicamente consignaremos que la traducción de *Disgustillos de la vida conyugal* es muy correcta. Se vende á una peseta en rústica y 1'50 encuadernado.



LA SIESTA, cuadro de Enrique W. B. Dawis

ESTUDIOS DE DERECHO POLÍTICO, por *Adolfo Senra*. — Es un estudio serio, claro y ordenado sobre la organización del Estado y de las diversas formas que éste puede revestir; el autor demuestra gran competencia en estas materias y un profundo conocimiento de la filosofía del derecho, en cuyos principios se basan sus afirmaciones. El libro, que lleva un interesante prólogo de D. Salvador Cabeza de León, catedrático de Derecho de la Universidad de Santiago, ha sido impreso en Vigo en la imprenta de *El Independiente* y se vende á una peseta.

EVOLUCIÓN UNIVERSAL DE LA CIENCIA, por *José Fola é Iguárbide*. — Imposible nos es dar siquiera una idea de lo que contiene este libro, pues necesitaríamos para ello un espacio de que no podemos disponer. Nos habremos, pues, de limitar á decir que en él trata su autor con criterio y por procedimiento originalísimos los más graves y complicados problemas de la naturaleza, de la ciencia, del arte y de la vida sensual é intelectual. Forma un tomo de más de 200 páginas con varias figuras, y ha sido impreso en Barcelona en el establecimiento tipográfico de B. Basada.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

EL MISMO FOSFATADO Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Siete Medallas de ORO

Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS

1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA con el MAYOR ÉXITO en LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT

VINO. de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine

en las principales farmacias.

PILDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco . 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 25 St-Denis, 16 en Paris

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

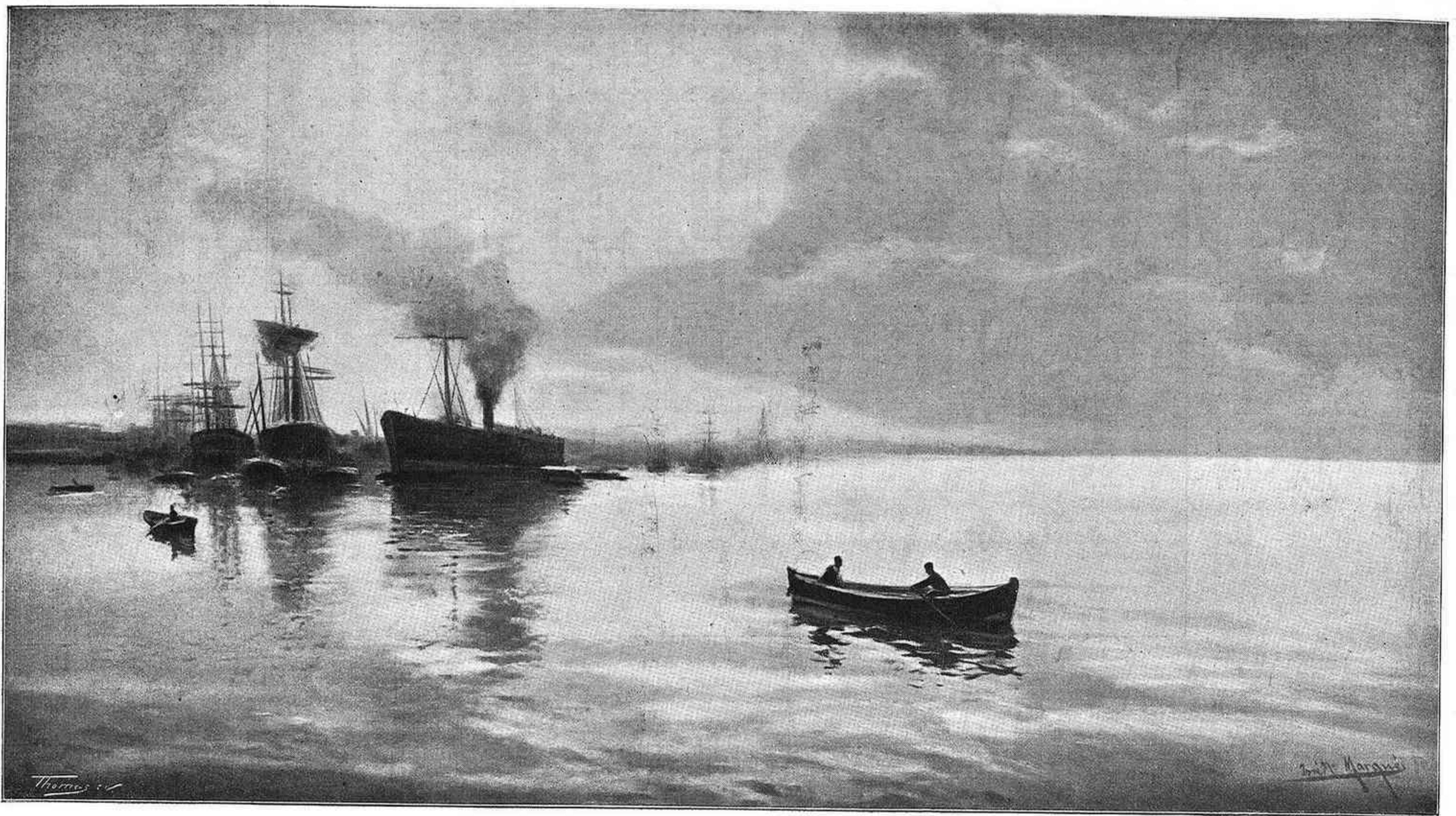
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Marina, cuadro de José M.^a Marqués. (Salón París.)

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS SEÑORES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ca} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Infiamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los SEÑS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor. 31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSEY MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA Da al cutis la blancura nacarada del marfil. 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.